HEROES de la PRADERA

Silver KANE

TUMBA PARA UN FEDERAL



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319. — El sheriff y las viejecitas.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.492. — Un ataúd para mí solo.
En Colección SALVAJE TEXAS:
736. — Infierno: capital, Dodge City.
En Colección KANSAS:
665. — Un buitre llamado Cox.
En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.
En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.
En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.
En Colección CALIFORNIA:
751. — Todos esperaban la muerte.
En Colección PUNTO ROJO:
882. — Asesino por un día.
En Colección HEROES DE LA PRADERA:
479. — Todo el dinero de Texas.
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
76. — Mariposas negras.
En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.
En Colección BRAVO OESTE:
947. — Un ataúd pagado a plazos.

SILVER KANE

TUMBA PARA UN FEDERAL

Colección HEROES DE LA PRADERA n.º 481
Publicación semanal

[image]

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 21.236 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

2ª edición: marzo, 1979

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO
LA ULTIMA MISION DE DAN ELLIS

Para Dan Ellis todo empezó cuando aquel cochino y renegado indio payute ultrajó a una mujer blanca en la población de Weldone, cerca de Walker Pass, en el camino que lleva hacia los grandes desiertos y la región de China Lake.

Dan Ellis no tenía nada contra los indios, y menos contra los payutes. Por lo general eran gente agradable, excepto cuando se emborrachaban. Pero de las borracheras tenían más la culpa los hombres blancos, traficantes de alcohol, que ellos mismos. Porque los payutes se limitaban a aceptar inocentemente la «mercancía».

Dan Ellis miraba el desierto mientras pensaba en eso.

Ahora las cosas podían cambiar.

La paz había durado cosa de un par de años, sin ningún problema. Pero de repente un indio payute, borracho o no, ultraja a una mujer blanca. Las consecuencias que eso podía acarrear eran incalculables. Desde la destrucción de aldeas enteras al comienzo de una auténtica guerra india.

Unos pasos en la gravilla del sendero le sacaron de esas reflexiones.

Cinco hombres se acercaban.

Dan Ellis los reconoció porque había tratado con ellos casi diariamente, durante dos años. Eran «el comité» de la importante ciudad Bakersfield. Un «comité» nombrado por los ciudadanos para controlar su labor. La verdad era que hasta entonces nunca habían dado demasiadas facilidades a Dan Ellis, pero éste supo que las cosas graves empezaban ahora. Supo a lo que venían.

El salivazo de uno de ellos hizo oscilar Ia campana que había cerca de la puerta.

Dijo simplemente:

—Mátelo,

Otro movió una bota y levantó una nubecilla de polvo.

—Mátelo.

—Queremos su cadáver.

—Traiga su carroña aquí. Que la veamos.

—Haga un castigo ejemplar o esto terminará en una guerra. Acabe con él. Pero acabe con él de una manera salvaje.

Dan sabía a quién se referían.

Sabía también lo que querían.

No una muerte cualquiera, sino una muerte «sonada». Algo que diera ejemplo a todos los payutes de la región. Y la cosa no repugnaba demasiado a Ellis, porque el que violaba a una mujer, blanca o no, tenía pena de muerte.

Lo único que preguntó fue:

—¿Quién ha sido el indio?

—Un tipo a quien llaman Body.

—Es curioso. Body, traducido al español en según qué casos, significa algo así como «muerto».

—Pues ya lo tiene.

—Cácelo.

—Y luego arrástrelo con su caballo como hizo con Barklay.

Dan entrecerró los ojos.

Mal recuerdo aquel de Barklay…

A veces aún le parecía oír sus gritos mientras lo arrastraba, atado a una cuerda, por un terreno pedregoso.

Pero aquello ya pertenecía al pasado.

Susurró:

—Lo curioso es que me han ascendido, amigos.

—¿Queeeé…?

—Esta noche a las doce dejo de ser agente federa! de observación en la reserva de Tule River. Me han destinado a un puesto de mayor responsabilidad en Wichita, que a estas horas está siendo invadida por los pistoleros.

Uno de los hombres torció el gesto.

Volvió a lanzar un salivazo.

Y la campana volvió a vibrar.

—Todavía es agente federal de la reserva, amigo Ellis —masculló.

—Cierto.

—Pues entonces mate a Body.

Los ojos de Ellis, que eran helados como los de un asesino, chispearon un momento.

—De acuerdo —dijo—. Lo haré.

—Por nuestra parte nosotros haremos un buen escarmiento —prometió otro de los hombres del comité.

—¿En qué sentido?

—Los payutes se acordarán bien de que no se debe tocar a una mujer blanca.

—Para eso bastará con la muerte de Body. No se preocupen, porque haré cumplir la ley. Pero no quiero excesos de ningún tipo. Nada. Aquí no se ha movido una mosca, ¿entienden? Y el que se desmande en cualquier sentido pagará las consecuencias.

Los cinco hombres lanzaron al unísono un gruñido que no comprometía a nada.

En aquel momento se acercó Estrella.

Estrella era la muchachita payute que cuidaba del reparto de los periódicos y de otros pequeños servicios en la población de Bakersfield. Con Dan Ellis tenía mucha relación, ya que le traía comida y bebida varias veces por semana. La razón de ello estaba en que Dan Ellis vivía solo la mayor parte del año.

Le entregó el último ejemplar llegado a la ciudad del diario San Francisco Star.

Los cinco hombres arrugaron el ceño al mismo tiempo.

—Hace mal en tratarse con esa payute, Ellis.

•—Ella no tiene la culpa de que en su tribu haya -renegados como Body.

—De todos modos debiera guardar las distancias. Usted es un federal.

—No tiene nada que ver —susurró Dan.

—Le perjudica la amistad con una mujer payute.

—¿Mujer? ¿Pero qué diablos dicen? Es una chiquilla. Acaba de cumplir los catorce años.

Uno de los individuos del comité la miró reflexivamente.

—Hum... Pues parece mayor.

Dan Ellis produjo un chasquido con dos dedos. Empezaba a sentirse molesto.

—Lárguense de aquí, amigos, y recuerden lo que les he dicho. No quiero violencias. Capturaré a Body y haré cumplir la ley, pero eso es todo. Si es necesario la haré cumplir salvajemente. Body lo pagará, se lo juro. Pero no quiero conflictos aquí, ¿entienden? Les prohíbo que miren de reojo a un solo payute.

El especialista en salivazos masculló:

—Usted no puede prohibirnos nada.

—Trate de hacer algo que no me guste y comprobaremos eso —musitó Ellis fríamente.

Y ya no quiso discutir más.

Volvió la espalda y entró en su casa, mientras Estrella se quedaba fuera adecentando un poco el porche, como solía hacer otras veces.

Dan desdobló el periódico.

Ni una noticia de lo de Body y la mujer blanca, por supuesto. El periódico había sido impreso en San Francisco tres días antes. Pero a Dan, le hubiera gustado leer un ejemplar de la semana próxima. Seguro que de la zona Bakersfield tendría que narrar más de una historia de sangre...

* * *

El disparo rasgó la quietud de la mañana, y la bala arrancó partículas de roca para proyectarlas sobre la cara de Dan Ellis, que se cubrió instantáneamente de sangre.

Pero el federal sabía que aquello no era grave.

Lo peor llegaría si una de las balas le alcanzaba en mitad de la cabeza, cosa que no era difícil tal como se estaba poniendo la situación de los dos.

Dan no disparó.

Sólo gritó con todas sus fuerzas.

—¡Ríndete, cochino renegado! ¡Si tus antepasados te vieran se ensuciarían encima tuyo! ¡Un payute con vergüenza no hace lo que estás haciendo tú! ¡No se refugia en una escuela!

En efecto, Body se había ocultado en una escuela rural cercana a los Kiavah Mounts, y lo había hecho además cuanto ésta se encontraba repleta de niños.

Por eso Dan no se atrevía a disparar.

Oyó la carcajada insolente de Body:

—¡Los hombres blancos me habéis insultado siempre, Ellis! ; Y yo he demostrado que para hacer lo que me da la gana con una de sus mujeres valgo tanto como ellos!

—¡No eres más que un cochino hijo de perra, Body!

—¡Ven a decirme eso a la cara!

—¡Con mucho gusto, maldito!...

Pero cuando Dan Ellis avanzaba, una segunda bala que estuvo a punto de atravesarle el pecho le inmovilizó entre las rocas.

Se volvió a oír la carcajada del payute.

—¡Acércate más, Ellis! ¡Después de cinco días jugando al gato y al ratón, tendré mucho gusto en ver tu cara deshecha por una bala!

Dan apretó salvajemente los labios.

En efecto, llevaba cinco días enteros persiguiendo y acorralando a aquel renegado de Body.

Demasiado tiempo.

Nunca un forajido le había durado tanto, pero aquel condenado payute se las sabía todas, conocía la comarca como la palma de su mano y además carecía de escrúpulos. Lo estaba demostrando.

Aulló:

—¡ No escaparás, maldito! ¡Sabes que yo nunca abandono la caza! ¡Te atraparé aunque sea la última cosa que haga en mi cochina vida!

—Para eso tendrás que llegar hasta aquí, Ellis!

—¡Lo haré!

—¡Perfecto! ¡Y entonces yo incendiaré la escuela con todos los niños dentro!

Hacía un terrible calor.

Pero Ellis sintió que un sudor helado empezaba a nacer en sus sienes.

Aquel condenado hijo de loba, era muy capaz de hacer lo que decía. Sabía que le esperaba la muerte, y no vacilaría ante nada con tal de escapar. Sólo hay una cosa peor que un cerdo satisfecho: un cerdo desesperado.

La situación pareció dar una idea a Body.

La voz gutural de éste volvió a resonar:

—¡Vamos a hacer un trato, Ellis! ¡Ya ves si soy buen chico!

—¡Habla!

—¡Suelta tu rifle y sal con los brazos en alto!

—¿Ah, sí? ¿A cambio de qué?

—A cambio de que respetes la vida de los niños. Los tengo a todos bajo mi control. Empezaré a matarlos dentro de dos minutos, uno a uno, si no sales con los brazos en alto...

Dan sintió un espasmo en la garganta.

¡Condenado perro rabioso!

Body lo mataría si él salía con los brazos en alto. Body no tendría ninguna clase de escrúpulos con tal de huir.

Pero él no podía tampoco dejar morir a los niños, porque sabía que aquel renegado, desgraciadamente, cumpliría su amenaza.

Barbotó;

—¡Body!

—¿Qué quieres ahora? ¿Vas a salir sin armas?

—¡Te prometo un juicio imparcial!

—¡Demasiado sé cómo acaban los juicios imparciales! ¡Por ultrajar a una mujer ahorcaríais a un hombre blanco! ¿Qué otra cosa vais a hacer con un piel roja?

Era verdad.

Pero Ellis jugó su última carta.

—¡Una cosa es morir ahorcado y otra cosa es morir como te liquidaré yo, perro, si es que no te entregas! ¡Vas a arrepentirte de haber nacido!...

La respuesta del payute llegó inmediatamente.

—¡Ya ha transcurrido un minuto, Ellis! ¡Sigue hablando mientras yo cuento! ¡ Te quedan sesenta segundos más!...

La garganta del federal sufrió otro espasmo.

Nunca había sentido de una manera tan angustiosa, tan desesperada, el paso de! tiempo.

Buscaba ansiosamente una salida para aquella situación.

Su cerebro era un torbellino. No quería rendirse, pero al mismo tiempo no veía ninguna otra posibilidad.

—¡Body! —aulló.

Tal vez la promesa de dejarle marchar lograría convencerle.

Pero la voz del payute le hizo perder las esperanzas.

—¡Ya han pasado los dos minutos! ¡Atente a las consecuencias!

Y dentro de la escuela sonó un disparo.

Ellis lanzó un grito de horror.

Nunca se había encontrado ante una salvajada semejante.

Pero su instinto le dijo que había que aprovechar aquel momento, y mientras se oía el disparo él saltó, cambiando de posición. En tanto apuntaba a uno de los niños o a la maestra, Body no podría verle.

Quedó parapetado tras una roca situada bastante más a la

derecha, y que le ofrecía un buen punto de mira sobre el barracón de madera de la escuela.

La odiosa voz de Body se oyó instantes después:

—¡Ya he disparado la primera bala! ¡Ahora dispararé una cada treinta segundos más! ¡ Empieza por tanto a contar hasta treinta! ¡Un... Dos... Tres...!

Los dientes de Ellis rechinaron.

—¡Cuatro... Cinco... Seis...!

Veía un poco la cabeza del payute.

Este no sabía que había cambiado de posición.

Seguía mirando hacia el punto donde estaba antes Ellis, y por tanto descubría el flanco.

—¡Siete... Ocho... Nueve!...

Ellis apuntó cuidadosamente.

¡Baaaang!...

La bala arañó el aire como el ladrido de un perro moribundo. Y el ladrido de un perro moribundo fue lo que se escuchó también a continuación, cuando el payute se estremeció, alcanzado por la bala.

Pero sólo había sido herido en un hombro. Intentó retroceder, cambiando de posición dentro de la escuela.

Dan Ellis saltó de nuevo.

La bala mordió sus pies, aunque sin peligro auténtico. Aquel cerdo de Body disparaba sólo para cubrirse, sin poder apuntar. Oyó su voz otra vez, saliendo de una de las ventanas:

—¡Volveré a matar! ¡No te acerques, maldito! ¡No te acerques!

Pero Dan Ellis ya no podía retroceder. Había llegado a la fase del «ahora o nunca». Tenía que jugárselo todo a una carta.

Brincó sobre las rocas mientras disparaba enloquecidamente.

Trazó delante de él una auténtica cortina de plomo.

Body ya no podía preocuparse de los niños porque estaba pendiente de él. Intentó disparar desde otra de las ventanas.

Una de las balas del federal le alcanzó en la caldera.

Body lanzó un aullido mientras giraba sobre sí mismo.

Dan Ellis estaba ya en la puerta.

Con las piernas flexionadas, el revólver en la derecha y una expresión asesina en los ojos, apuntó contra el payute:

—Este aún conservaba su rifle.

¡Baaang!...

El arma saltó de entre las manos de Body, una de las cuales había sido atravesada por la bala. El payute se encogió mientras gimoteaba:

—¡Me rindo!...

Ellis tendió la pierna derecha.

Le clavó tal punterazo en la mandíbula que le rompió toda la dentadura. Body cayó hacia atrás, retorciéndose de dolor.

Entonces el federal paseó su mirada por el interior de la modestísima escuela.

Era la maestra la que estaba muerta. La maestra que en el último instante había protegido a uno de los niños con su cuerpo.

Los pequeños —veinte o veinticinco quizá—, miraban todo aquello con expresión aterrorizada.

No podían ni hablar.

En el interior- del recinto hubiera podido oírse ahora hasta el vuelo de una mosca.

El federal, susurró:

—Nada os va a suceder ya, pequeños. Ahora volved -a vuestras casas.

Los niños se desparramaron como una bandada de pájaros. La maestra, con el pecho ensangrentado, quedó sola allí, como el único testimonio de la tragedia vivida.

Body seguía retorciéndose.

Barbotaba:

—;Debes llevarme a !a ciudad! ¡Tengo derecho a un juicio legal! ¡Tengo derecho!...

Ellis musitó:

—Sí, muchacho. Te llevaré a la ciudad.

Le cogió por una pierna y lo arrastró.

Al otro lado de la escuela estaba el caballo de Body, el caballo con el que el payute había logrado huir hasta alii.

Ellis, en silencio, descolgó la cuerda que pendía de uno de los costados de la silla.

Con los ojos desencajados, el payute le veía hacer.

En el último momento se dio cuenta.

No iba a atarle las manos, sino los pies.

¡Quería arrastrarlo con su caballo como había hecho con Barklay!

—¡Nooo! —aulló—. ¡No puedeeees!…

Ellis dijo con calma:

—Tú me has pedido que te llevara a la ciudad, muchacho, y yo voy a hacerlo. Lo que pasa es que en la silla no hay sitio para los dos.

Y ató los pies del payute, a pesar de que éste intentaba defenderse. Para lograrlo, Ellis le castigó los riñones y las costillas de tal modo que el otro quedó sin respiración.

Luego Ellis dijo tranquilamente:

—Vamos a la ciudad.

Montó sobre la silla.

El camino era pedregoso, era infame. Y no puede decirse que Ellis eligiera precisamente los mejores trechos.

Durante largos minutos estuvo oyendo los alaridas de su víctima, alaridos que iban haciéndose más débiles cada vez.

Hubo un momento en que cesaron por completo.

De todos modos Dan Ellis siguió arrastrando el cadáver, porque quería llegar a la ciudad con él, o mejor dicho con lo que quedara de él.

Volviendo levemente la cabeza hacia atrás, murmuró:

—No has resistido nada. Hasta los indios son cada vez más flojos…

Y picó espuelas, porque ya empezaba a tener prisa. Quería entregar el cuerpo y dejar liquidado aquel asunto antes de que anocheciese.

CAPITULO II
LA CIUDAD DE LA SANGRE

Cuando Dan Ellis regresó a su base de partida, lo que quedaba del cuerpo del payute ya empezaba a oler mal. Habían transcurrido dos días desde que lo mató. Estuvo cinco persiguiéndole, pero a través de vericuetos y laberintos de las montañas. En línea recta sólo estaba a dos días de camino de la ciudad.

Un par de periodistas se habían desplazado desde la capital. La noticia de aquel caso se había extendido por California central, y todo el mundo estaba ansioso de noticias. La creencia de que aquello podía desencadenar una guerra india —aunque a pequeña escala—, estaba muy arraigada en determinados sectores de la población.

Pero ahora los temores se habían disipado.

Muerto Body, la cuestión quedaba resuelta.

Al menos eso parecía.

Dan Ellis se sometió al bombardeo de preguntas que le hicieron los dos periodistas. Habían atravesado lo peor del país para llegar hasta allí, y no querían irse con las manos vacías. Incluso uno de ellos llevaba una monumental máquina con trípode, la cual obtenía aceptables fotografías por el procedimiento que acababa de popularizar Daguerre.

—Todo California verá su retrato —dijo uno de los periodistas—. Es usted el hombre del día, Dan Ellis. ¿Le costó mucho atrapar a Body?

—Cinco días.

—¿Cómo lo venció?

—Con balas.

—No es usted muy explícito, que digamos.

—Reconozco que soy hombre de pocas palabras —musitó Ellis—, Siento no poder ayudarles más

—¿Es cierto que Body murió al ser arrastrado por un camino de piedras?

—Sí.

—¿Sabe que eso puede originar un escándalo y echar al traste su reciente ascenso?

—Correré ese peligró —dijo tranquilamente, Body.

—Tal vez usted perdió la cabeza al ver que había asesinado a la maestra y quiso castigar su crimen de ese modo —dijo uno de los periodistas, queriendo disculparle.

—Es posible que, en efecto, perdiera la cabeza —reconoció Ellis —, pero de todos modos creo que, aun no habiendo sucedido eso, lo habría matado arrastrándolo con el caballo.

—¿Se da cuenta de lo grave que es eso?

—Sí.

—¿Es usted un hombre cruel?

—No lo sé —reconoció francamente Ellis.

—¿Pero está dispuesto a emplear los castigos más duros con los asesinos?

—Desde luego que sí.

—Eso es todo señor Ellis. ¿Le queda todavía por realizar algún trámite legal? •

—Sí. Entregar oficialmente el cadáver de Body.

Y Dan Ellis salió, para dirigirse al local que en la ciudad de Bakersfield servía como depósito de cadáveres.

Las cinco o seis personas más importantes de la ciudad estaban allí, incluido el sheriff, que sin embargo, no tenía autoridad sobre las tierras de la reserva india.

El cuerpo de Body yacía hecho una piltrafa sobre una de las dos mesas.

La otra mesa también estaba ocupada, pero por un cuerpo no muy largo cubierto por una manta, de mudo que Dan Ellis no le prestó la menor atención.

El sheriff, murmuró:

—¿Va usted a hacernos entrega oficial del cadáver, Ellis?

—Sí. Aquí lo tienen. Podemos firmar el acta de entrega.

—¿Le quitó los documentos?

—No los llevaba. Sólo esto.

Y Ellis arrancó del cuerpo un pequeño medallón que pendía de una cadena de acero. El medallón también era de acero, y en él estaba grabada la cabeza de un animal con las fauces abiertas. Seguramente un puma.

—¿Qué significa esto? —preguntó el sheriff.

—No lo sé.

—Parece un amuleto…
—Puede que lo sea.
—Guárdelo en esta bolsa de papel —dijo el sheriff, tendiéndole una—. La archivaremos con el acta de defunción y dejaremos el asunto liquidado.
—Eso es lo que deseo —susurró Ellis.
—¿Cuándo se marcha?
—Puede que mañana mismo. Tengo que tomar posesión cuanto antes de mi nuevo cargo en Wichita.
—Le deseo mucha suerte, Ellis.
Y el sheriff le tendió la mano. Dan Ellis la estrechó, haciendo lo mismo con los otros.
Ya en la puerta murmuró;
—¿Ha habido alguna novedad en la ciudad mientras yo estaba fuera?
—Pues… no.
—¿Por qué iba a haberla? —preguntó el juez.
—No lo sé. A veces ocurren cosas…
—Buenas noches, Ellis —dijo el sheriff—. Y buena suerte.
A Dan Ellis le pareció que, de repente, todos aquellos tipos tenían una cierta prisa por verle fuera de allí.
Y entonces se puso un cigarro entre los labios con la más absoluta calma.
—Quizá no les guste mi presencia —dijo.
—Oh, nada de eso…
—Tal vez, en el fondo, me consideran un asesino.
—¿Qué le hace tener esa sensación?
—No lo sé exactamente, pero en el fondo estoy convencido de ser un asesino a sueldo —dijo Ellis.
El sheriff rió y le dio una palmadita en el hombro.
—Nosotros estamos encantados de tenerle como vecino, Ellis. Ha hecho una magnífica labor con esos difíciles indios. Lo que lamentamos de verdad es que se marche.
Ellis arqueó una ceja.
La risa del sheriff sonaba a falsa.
—Veo que hay otro cadáver aquí —murmuró el joven—. ¿De quién es?
Y avanzó "hacia la segunda mesa, pero el juez se puso

disimuladamente en su camino.

—Le haremos un homenaje, Ellis —farfulló—. Sí, eso es. Pensamos hacerle un homenaje antes de que se vaya.

—No se preocupen por eso —murmuró Ellis—. No me gustan las despedidas. Pero en fin, ¿de quién es ese cadáver?

Y fue a avanzar otro paso más.

Ahora el que le cortó disimuladamente el paso fue el notario de la ciudad.

—¿Sabe qué voy a proponer? —dijo atropelladamente—: Daremos su nombre a una de las calles de Bakersfield. Sí, eso es lo que vamos a hacer. Es una gran idea.

Ahora Ellis había arqueado las dos cejas.

No supo bien por qué lo hizo.

Pero dio un empujón al notario y se situó junto a la segunda mesa. Tiró de la manta que cubría el cadáver.

El silencio fue espectral.

De pronto cesaron hasta las respiraciones.

Ellis captó solamente el brusco crujido de los nudillos de todos los hombres que estaban allí, tanta era su tensión nerviosa.

El, después de alzar la manta, no movió ni tan siquiera un músculo.

Quedó petrificado, con la pieza de tela en la mano derecha, mirando fijamente, como un hipnotizado, el cuerpo que yacía sobre la mesa.

Reconocía aquel cuerpo muy bien.

¡Claro que lo reconocía !

Era el de una muchachita.

Estrella.

La muchachita india.

* * *

Dejó caer la manta sobre el cuerpo, cubriéndolo otra vez. Las facciones de Dan Ellis eran tan inexpresivas como un bloque de piedra. Su mano, al dejar la manta, se había movido mecánicamente, igual que un resorte.

Era como si los músculos de aquel hombre funcionaran por sí solos. Detrás de ellos no parecía haber un alma.

Susurró:

—Tenían mucho interés en ocultármelo, respetables señores.

—Es que...

—Verá...

—Nosotros...

Estaba claro que no sabían qué decir. Ellis mascullló.

—¿Quién?...

—¿Quién que?...

—Quiero saber quién lo ha hecho.

—Un accidente —susurró el sheriff.

—Sí —barbotó el juez—. Piense eso, Ellis: Ha sido un accidente.

—Por la expresión y por algunos detalles del cuerpo de esa muchachita adivino algo terrible —susurró Ellis con una voz helada y más cortante que la punta de una flecha.

—¿Qué es lo que adivina, Ellis?

—A Estrella la han ultrajado, antes de asesinarla.

Hubo un embarazoso, un pesado, un angustiado silencio.

Nadie se atrevía a contestar.

Ellis los miraba uno a uno.

Su mirada, que había empezado siendo de hielo, se hacía cada vez más y más dura, hasta terminar siendo de acero.

Barbotó:

—¿Quién?

—Verá... Nosotros...

—¿Quién?...

El sheriff adelantó un paso. Daba la sensación de estar aterrorizado. En lugar de imponer su autoridad —en el caso de que esa autoridad le hubiera servido de algo— hizo un gesto de súplica.

—No queremos que esta ciudad se convierta en un río de sangre. Ellis, Hágase cargo.

—¿No ha hecho nada contra los culpables?

—No podía,

—¿Por qué?

—Los cinco son personas importantes de la comarca.

Ellis palideció mortalmente.

—¿Los cinco?...

—Dijeron que, puesto que los indios violaban a las blancas, ellos también podían violar a las indias. Su propósito era hacer un

escarmiento brutal.

Los nudillos del joven crujieron en la penumbra.

—Ya sé quiénes son —susurró.

—¿Lo sabe?…

—Encargue cinco ataúdes, sheriff.

El de la estrella no pudo ni contestar. Fue el juez quien trató de detener a Dan Ellis cuando éste se dirigía hacia la puerta.

—¡Oiga! ¡No sea loco! ¡Deténgase!…

Pero Dan Ellis ya no le oyó.

Acababa de salir a la calle.

Y fue poco a poco hacia el centro de la ciudad, donde estaban todos los saloons y donde podía encontrar a cinco hombres.

Llevaba sus nombres como grabados a fuego en el cerebro.

FORD
EVANS
CLAYTON
GOLDWATER
TUNDER

Cinco iniciales bien fáciles. Cinco iniciales malditas, para cinco sucias tumbas…

CAPITULO III
DIGESTION CON PLOMO

Era esa hora tumultuosa de las ciudades del Oeste en que se llenaban los saloons y en que se originaban las primeras peleas. Bakersfield, como tantas otras, no era una ciudad de digestiones tranquilas, pero a partir de entonces iba a serlo mucho menos.

Dan Ellis atravesó la calle principal.

La gente le miraba.

Todos sabían que era el hombre que había matado a Body y por eso se había atraído la enemistad de parte de la tribu payute.

Pero nadie imaginaba lo otro.

Lo que Ellis llevaba entre ceja y ceja.

El joven entró en el más distinguido de aquellos *saloons*.

El Greenfield.

Ford estaba como siempre allí. En la tercera mesa de la derecha. Jugando su partida de cartas.

Ni siquiera vio entrar a Ellis.

Pero, Ellis, masculló;

—¡Ford!

Pensaba que no tenía nada que temer, entre otras razones porque dos pistoleros le protegían siempre. Pero le bastó ver los ojos helados de Dan Ellis, para comprender que nunca se había encontrado tan desesperadamente cerca de su tumba.

Trató de sonreír, de todos modos.

—Hola, Ellis. ¿Qué hay, muchacho?

—Póngase en pie, Ford.

—Pero hombre… ¿Qué pasa?

—Póngase en pie, Ford. ¿Quiere morir de pie como un hombre o tumbado como un cerdo?

—¿Morir?…

—No se preocupe. No se aburrirá. Podrá seguir jugando a los naipes con cuatro compañeros más en el otro mundo.

—; Ellis, estás loco!

Pero mientras tanto Ford buscaba desesperadamente con la mirada a sus dos guardaespaldas.

Estaban allí, donde debían estar. Uno en la barra y otro en la mesa de atrás. Con los ojos les hizo una desesperada seña para que actuaran sin perder un segundo.

Pero Io peor para él era que Ellis los conocía demasiado bien. Hasta sabía cuál era su punto de emplazamiento. Antes de que se movieran, arqueó el cuerpo él, pasando a la acción.

Uno de los dos guardaespaldas había sacado ya su «Colt» por detrás de la jarra de cerveza que fingía estar bebiendo.

Fue ése el primero que murió.

Dan disparó desde la cadera, con un simple y leve movimiento de muñeca, girando el revólver en centésimas de segundo.

Fue imposible seguir aquel movimiento con los ojos.

La jarra de cerveza estalló.

Pero también estalló el hombre que estaba detrás. La bala, después de atravesar el cristal y el dorado líquido, se empotró en el pecho del pistolero. Este lanzó un aullido, mientras sujetaba el «Colt» e intentaba, desesperadamente asirse a la barra.

Dan Ellis cayó de rodillas.

Conocía la forma de actuar del otro guardaespaldas, el que estaba sentado a una mesa contigua a la de Ford. Este fingía ser un jugador y empleaba un «Derringer» de dos cañones.. Si Dan Ellis no llega a moverse con tanta rapidez, la bala le hubiera alcanzado.

El guardaespaldas contaba con una ventaja de décimas de segundo y la aprovechó. Disparó una sola vez. Claro que no tuvo ocasión de apretar el gatillo de nuevo, porque Ellis ya le enviaba plomo desde el nivel de la mesa.

El pistolero se retorció.

En los últimos espasmos de la agonía, consiguió apretar el gatillo por segunda vez.

La bala se perdió en el techo.

Ford, mientras tanto, loco de terror, había sacado el pequeño «Colt» —más bien propio de una señorita— que llevaba en su funda sobaquera. Veía confusamente a Ellis y giró el revólver hacia él. Si llega a ser un poco más listo o a estar un poco más sereno, lo mata.

Pero Ford, era de esos tipos acostumbrados a que los otros maten por él. No supo mover el revólver a tiempo.

Vio ante sus ojos una especie de llamarada color naranja.

Y sintió sólo un leve dolor. Una especie de chispazo en la

mandíbula, como si le hubieran cazado con un *uppercut*.

La bala le había penetrado por el mentón, llegando hasta su cerebro. Abrió los ojos y cayó estruendosamente hacia atrás, derribando la mesa contigua y todos los naipes que había en ella.

El jugador alzó la cabeza.

Dan Ellis se apoyó en la barra.

Sabía que no tenía más enemigos allí.

Ford había sido un hombre odiado, al que nadie apoyaría, y mucho menos después de muerto.

Por eso recargó el revólver, mientras en el -saloon se iba haciendo un silencio tan espeso que parecía cambiar hasta el color del aire.

Alguien llenó junto a Ellis un vaso de whisky.

El tintineo del cristal fue lo único que rompió aquel silencio de fantasmas.

—La casa invita.

Ellis se volvió apenas.

—¿Por qué?

—A nadie le ha sabido demasiado mal que Ford muriera.

—Otros morirán.

—Es por lo de la muchacha india, ¿verdad?

—Sí.

—La raptaron poco después de marcharse usted. Los cinco se encerraron con ella durante dos días.

Ellis ahogó una maldición.

Casi escupió el whisky que tenía en su garganta.

—¿Nadie lo impidió? —dijo—. ¿La cosa duró dos horribles días? ¿Y qué hacía el sheriff?

—No se atrevió a intervenir. Ellos eran cinco, apoyados por una nube de pistoleros a sueldo.

—Asquerosa tierra…

El camarero, bisbiseó:

—Usted sin embargo, la ama, Ellis. Sin esta tierra no sabría vivir.

—Es cierto.

—Cuando la muchacha hubo muerto, la abandonaron en plena calle. Fue el propio juez quien la recogió. Dijeron que querían enterrarla en seguida, pero usted llegó antes.

Ellis dejó caer al suelo el vaso de whisky.

Se hizo añicos. El ruido hizo que varios hombres sufrieran como una contracción nerviosa.

Ellis se dirigió a la puerta.

—¿Por qué lo hicieron? —masculló—. ¿Por qué?

—Dijeron que para dar un escarmiento a los payutes Bueno, supongo que además la chica les gustaba. Supongo que de lo contrario no hubieran hecho durar el suplicio tanto.

Ellis volvió a meter bien el revólver en la tunda.

—Esos malditos cerdos… —masculló.

Y salió definitivamente.

Su mirada se esparció por la calle principal de la ciudad, que había ido quedando desierta.

Parecía como si la gente hubiese adivinado ya lo que iba a ocurrir en Bakersfield.

Ellis apretó los puños.

Le quedaban cuatro.

Sabía que debía obrar con rapidez para que no huyeran. Si se enteraban de lo sucedido, enviarían contra él a un ejército de pistoleros.

Los hombres que formaban el «comité» eran ricos y poderosos. Habían hecho turbios negocios con las tierras de la reserva india, y Ellis lo sabía, pero no disponía de pruebas. Estaba reuniéndolas cuando todo aquello sucedió. Incluso el joven sospechaba que su traslado había sido forzado por aquellos hombres, porque ya empezaba a molestarles. Un traslado adornado con un ascenso, para que la cosa resultara menos violenta.

Se dirigió a la casa de Evans.

Evans tenía una magnífica’ cuadra de caballos de raza en las afueras de la ciudad. Hacía que los indios capturaran potros salvajes de menos de un año, los domaran y luego se los vendieran a bajo precio. Evans los revendía luego en el Este y amasaba así una auténtica fortuna.

Detrás de las cuadras había un jardín, y más allá del jardín estaba la casa de Evans.

Éste era soltero.

Pero tenía numerosas doncellas que cuidaban de él. Cuidaban de él en todos los sentidos.

El joven se dirigió hacia la casa.

Fue un error.

No pensó que podían estar esperándole. No pensó que Evans podía estar enterado ya de Io ocurrido.

Desde la cuadra, cuando él la dejó atrás, un rifle le apuntaba.

Evans rechinó los dientes mientras le encañonaba bien por la espalda.

Por las noches no tenía a sus guardaespaldas. Durante las noches le gustaba actuar sin testigos. Pero de todos modos él solo se bastaba para matar a Dan Ellis.

Lo veía bien debido a la luz que llegaba de las ventanas de Ia casa.

En ese momento Dan Ellis giró. Quería entrar en • la casa no de frente, sino dando un pequeño rodeo. Sacó el revólver y lo puso a la altura de su pecho para poder disparar en cualquier momento.

Evans apretó el gatillo.

Estaba seguro de acertar.

¡Y acertó!...

Si no llega a ser por el movimiento que Ellis acababa de hacer aquel disparo hubiera significado su fin. Pero la bala, que iba dirigida a su pecho, se empotró en el cilindro del revólver, deshaciéndolo. Las partículas de plomo se desviaron y algunas hirieron levemente a Ellis, pero sin producirle más que una crispación dolorosa.

El joven cayó al suelo.

A pesar de no haber sido alcanzado de lleno, el impacto y el shock habían sido brutales. Sus rodillas fallaron un momento y él no hizo nada por enderezarlas. En esas circunstancias, siempre es mejor caer que mantenerse quieto como un poste.

Evans creyó que lo había matado.

Con el rifle entre las manos, corrió a través del jardín para plantarse ante él y alojarle una definitiva bala en el cráneo si era necesario.

Ellis no tenía ningún arma.

Contaba con su cuchillo, eso sí, pero un cuchillo es muy poca cosa frente a un rifle.

Además el arma no era de las de mango pesado. No servía para lanzarla a distancia.

De todos modos el joven lo intentó.

El lanzamiento quedó corto. La hoja de acero resbaló inútilmente por el suelo, ante los pies de Evans.

Este lanzó un aullido de rabia.

Se echó el rifle otra vez a la cara.

Ellis saltó dos veces, rodando salvajemente por el suelo, mientras las balas picoteaban el polvo junto a él.

Aquello era como una ejecución. No tenía escapatoria.

El grito de triunfo de Evans se repitió, mientras sonaba el «chask» de la palanca del rifle.

Dan Ellis aguantó hasta fa última décima de segundo. Se mantuvo quieto mientras su enemigo apuntaba de nuevo, asegurando la puntería.

Saltó casi en el instante en que brotaba la bala. Si llega a hacerlo una décima antes, su enemigo hubiera tenido tiempo de rectificar. Si llega a hacerlo una décima después, el plomo le habría alcanzado tranquilamente.

Ahora estaba entre las ruedas de un elegante tílburi desenganchado.

Los finos radios de aquellas ruedas no le aseguraban ninguna protección. Otra bala se llevó por delante uno de ellos, rozándole materialmente la cabeza.

Dan Ellis volcó bruscamente el carruaje.

Era su oportunidad. Una oportunidad angustiosa, pero que tenía que jugar hasta el fin.

El carruaje casi cayó sobre Evans, que se hallaba muy cerca. Evans saltó hacia atrás, perdiendo momentáneamente el equilibrio.

Dan Ellis saltó también.

Allí se jugaba la vida.

No alcanzó a su enemigo, porque la distancia era excesiva. Pero rodó muy cerca de Evans, mientras éste lograba ponerse en pie.

Sin embargo, ya no tenía tiempo de mover la palanca del rifle para hacer entrar en la recámara una nueva bala. Sujetó el arma por el cañón e intentó deshacer de un rabioso culatazo la cabeza de Ellis.

Este logró poner los pies por delante.

La culata le alcanzó en la tibia y por poco se la parte. El dolor fue intensísimo, tanto que por unos instantes le dejó paralizado. Evans intentó girar el rifle para mover la palanca y disparar,

creyendo, que ahora tenía tiempo.

Pero el joven no se estuvo quieto.

Saltó de pronto sobre él.

Los dos pies alcanzaron a Evans en la mandíbula, y Evans se desplomó. De todos modos no soltó el rifle. Logró mover la palanca y disparar furiosamente.

La bala se perdió en el aire.

Ahora sí que Evans estaba acorralado.

Era una lucha de poder a poder.

Dan Ellis saltó sobre él y le golpeó dos veces. Empleó el canto de su mano derecha como si fuera el filo' de un hacha. Los dos impactos cambiaron de posición la cabeza de Evans, El tercero ya no hizo falta. El joven se dio cuenta de que le había partido la yugular, porque de entre los labios de su enemigo escapaban hilos de sangre.

Se puso en pie y tomó el rifle.

Estaba descargado.

Hurgó en los bolsillos de su víctima y descubrió casi una docena de balas, que repartió por sus bolsillos. Hecho esto se alejó de la casa, que había empezado a iluminarse. Se oían gritos por todas partes, especialmente gritos de mujer.

Dan Ellis regresó a la calle principal, pero ahora andando por los porches para no hacerse tan visible.

Tenía que encontrar a Clayton.

Si la noticia de la muerte de Ford había llegado hasta Evans, habría llegado también a oídos de los otros asesinos amenazados. En ese caso todos habrían tratado de huir.

O quizá de enviar contra él a sus manadas de pistoleros.

Eso fue lo que ocurrió. Dan Ellis no sabía aún en aquel momento que Clayton, suponiendo que muy posiblemente él sería el próximo, había ofrecido dos mil dólares por su cabeza.

CAPITULO IV
LA DAMA DEL MEDALLON

Los dos hombres entraron en Ia casa de juego. Quizá no había en Bakersfield un establecimiento tan popular, sobre todo entre los vaqueros que llegaban con sus manadas.

La sala era grande y estaba bien amueblada. Diversos butacones de alto respaldo se divisaban aquí y allá. Pero las mesas de juego estaban vacías, y por entre ellas no había en Bakersfield un establecimiento tan popular,

Hasta el encargado del bar había desaparecido.

Aquello, tan bullicioso siempre, daba una sensación de soledad que llegaba a helar el alma.

Uno de los pistoleros farfulló:

—Parece que el pánico se ha desatado.

—Tú dirás. Con esa fiera suelta por ahí...

—Dicen que acaban de ver también el cadáver de Evans.

Pues entonces ya tiene razón Clayton al habernos ofrecido los dos mil dólares. ¿Dónde está Hiller?

—Estoy aquí —dijo una voz.

Un pistolero de impresionantes mostachos acababa de aparecer en la galería superior que ocupaba una parte de la sala.

—¿Has visto a Ellis?

—Ni rastro.

—Vamos a hacer una cosa. ¿Dónde están las chicas, Hiller?

—Supongo que se han escondido. Deben estar repartidas por las habitaciones.

—Tráete a tres de ellas. Aunque sea a la fuerza.

—¿Para qué?

—Saldremos a la calle con ellas y las emplearemos como parapeto si ese tipo viene a por nosotros.

—Buena idea.

Y Hiller fue a moverse.

Pero de pronto, gritó:

—¡Muchachos!...

—¿Qué pasa?

—¡Allí!

No tuvo tiempo de señalar.

Inmediatamente sonó una detonación, pero ninguno de los pistoleros pudo saber de dónde procedía e> disparo. Lo único que vieron fue que Hiller se contraía en un espasmo agónico, soltaba el revólver que acababa de sacar y se desplomaba sobre la baranda, que no-pudo resistir su peso

El cuerpo del pistolero se estrelló estrepitosamente contra el piso bajo.

Los otros dos se volvieron.

Todo aquello les parecía absurdo, irreal.

Pero más absurdo e irreal les pareció cuando aquella butaca de alto respaldo, giró velozmente, y al hombre que estaba sentado en ella le pudieron ver cara a cara.

El rifle descansaba entre las piernas de Dan Ellis.

Susurró:

—Esta es una casa de juego, muchachos. Y vosotros habéis perdido la partida.

Disparó una vez.

El hombre de su derecha, que había sacado ya el revólver, cayó hacia atrás lanzando un alarido.

Ellis movió la palanca con un movimiento centelleante.

De todos modos pareció como si el enemigo que ahora tenía enfrente fuese a ganarle la partida. Había sacado ya el «Colt». Estaba a punto de encañonarle.

Ellis ni pestañeó..

Hizo fuego.

Sabía que si no alcanzaba a su enemigo en un punto vital estaría perdido también, pues aunque sólo fuera con un movimiento reflejo, el otro dispararía. Pero el plomo le atravesó la frente. El pistolero cayó hacia atrás de una forma tan rígida que pareció un bloque de piedra.

Ellis se levantó y se apoderó del revólver del último hombre al que acababa de matar. En la lucha dentro de la ciudad, donde la vida y la muerte dependían de una simple contracción nerviosa, aquel arma le sería más útil que el pesado rifle. Miró hacia el piso superior y vio que los rostros de unas cuantas chicas asustadas asomaban por encima del borde de la destrozada barandilla.

Buen sitio aquél para quedarse.

Quizá para quedarse para siempre, como los tres tipos que ahora yacían en las más violentas posturas.

Dan Ellis hizo un guiño a la chica que estaba más cerca y salió. Toda la ciudad se veía desierta. Los faroles de los porches seguían encendidos y daban a aquello una apariencia fantasmal.

Avanzó poco a poco.

Ahora sabía que Clayton estaba en guardia.

¿Pero dónde demonios se habría metido Clayton? ¿No habría ya tratado de huir?

Su enemigo estaba más cerca de lo que él mismo imaginaba.

El tercer hombre del «comité» aguardaba anhelante al final del porche, con el revólver preparado. Sabía que sus tres hombres estaban muertos. La contraseña era que después de matar a Ellis, hicieran cuatro disparos seguidos al aire. Y se había armado una auténtica zarabanda de tiros, pero de la señal establecida nada de nada. Eso indicaba que sus pistoleros ya estaban en el Más Allá.

Clayton aguardaba con todos los nervios en tensión.

Las gotas de sudor resbalaban poco a poco por su frente. Tenía la boca tan seca como la arena del desierto.

Oía los pasos de su enemigo y avanzando poco a poco.

Pero Clayton tenía la ventaja de' la sorpresa. El sabía que Ellis se acercaba, y Ellis no sabía que él estaba allí.

Preparó el revólver, poniéndolo a la altura del pecho de su enemigo. Apenas éste asomara... ¡zas!

Los pasos ya estaban allí, en la misma esquina.

Y de pronto su enemigo apareció, pero no a Ia altura que él esperaba, sino casi junto al suelo. Dan Ellis no había hecho la tontería de doblar una esquina sin tomar toda clase de precauciones. La bala de Clayton, que había disparado con un movimiento impulsivo, pasó por encima de su cabeza.

Tiró casi desde el nivel de las tablas.

Fue un disparo fácil para él. Casi demasiado fácil. Hubo de apartarse para que Clayton, con las facciones desencajadas por una última expresión de horror, no se le desplomara encima.

El joven recargó el «Colt».

Le quedaban Goldwater y Tunder.

Estos eran muy fáciles de encontrar, con la condición de que no

estuvieran sobreaviso. Era posible que no se hubieran enterado de nada, porque vivían algo alejados de la ciudad. Mejor dicho, Tunder vivía en ésta, pero pasaba fuera de la ciudad casi todas las noches.

Dan Ellis dobló la esquina, pasó por encima del cadáver y volvió a avanzar, pero extremando las precauciones.

Quizá los pistoleros pagados por Goldwater y Tunder estaban acechando.

Pero no ocurrió nada.

Toda la ciudad parecía un cementerio. Ellis comprendió que para llegar al domicilio de Goldwater necesitaba un caballo.

Había bastantes de ellos amarrados ante el hotel.

A aquella hora normalmente los clientes debían haberlos encerrado ya en la cuadra, pero por lo visto no se atrevían ni a eso.

El joven avanzó hacia el grupo de animales. Y entonces se dio cuenta de por qué los corceles seguían en aquel sitio.

Alguien había pagado al dueño del hotel para que no los moviera. Alguien que acechaba entre las patas de los caballos, dispuesto a disparar.

Ellis lo adivinó en la última fracción de segundo.

Fue al darse cuenta de que los corceles se removían inquietos y de que además no podían hacerlo con facilidad. Alguien estaba entre sus patas.

Todos los músculos de Dan Ellis sufrieron como una sacudida eléctrica.

Se lanzó de cabeza hacia las tablas del porche, mientras «sacaba» y daba una vuelta sobre sí mismo.

Dispararon desde dos sitios distintos, por entre las patas de los caballos.

Eran dos hombres, que lanzaron al unísono un grito de rabia al ver que no habían hecho blanco. Uno de ellos intentó moverse y llegar hasta el porche, para obtener una mejor posición de tiro. Ellis raseó tres balas en menos de tres segundos, y falló las dos primeras.

Pero con la tercera acertó.

Su enemigo quedó materialmente colgado de uno de los caballos, con las piernas ya en el porche. Desde allí resbaló poco a poco. Mientras tanto el otro disponía de una oportunidad que no supo aprovechar bien. Era un cobarde y su única preocupación consistía en la huida.

Ellis vio confusamente a Goldwater.

Este trataba de ganar la próxima esquina, disparando hacia atrás enloquecidamente. Una bala alcanzó a uno de los caballos, que relinchó, mientras era sacudido por una ola de dolor. Ellis tomó impulso y saltó directamente sobre el lomo de unos de los animales.

Desde allí dominaba perfectamente la calle.

Hizo fuego dos veces.

Goldwater, que ya estaba a punto de alcanzar la esquina, se derrumbó con un aullido de muerte.

Ellis avanzó hacia él.

Se daba cuenta de que su enemigo vivía aún y estaba dispuesto a enviarle la última bala.

Lo giró con el pie.

La expresión agónica de Goldwater le demostró que no iba a necesitar ningún proyectil más. Su muerte era cuestión de unos instantes. Por eso Ellis guardó el revólver poco a poco.

—¿Dónde está Tunder? —musitó.

—Vete... al infierno...

—¿Está donde siempre?

—He dicho que te vayas al... al...

—Sí, ya lo sé: al infierno. Tú mismo pudiste haberme enviado allí de no haber pensado en huir solamente. Pero ahora ya no tiene remedio, Goldwater. Buen viaje.

Goldwater escupió Ia palabra:

—Púdrete.

Y giró la cabeza con un último espasmo, llevándose las manos a la garganta.

Ya no se movió más.

Dan Ellis se dio cuenta de que acababa de morir. Se alejó poco a poco hacia donde estaban los caballos.

Tenía que obrar rápidamente si quería alcanzar a Tunder, el último de los asesinos. Todo dependía de unos minutos.

Eligió el que le pareció más veloz de aquellos caballos y salió al galope con él. Al terminar la ciudad propiamente dicha se iniciaba una especie de calle con casas aisladas, casi todas las cuales eran chalets de propietarios ricos o casas de juego y de diversión donde iba la gente que no quería ser demasiado vista.

A la última de aquellas casas se dirigía Ellis.

Era la más aislada de todas.

Se trataba de un edificio con pocas ventanas, muy elegante, rodeado de un pequeño jardín.

Había unas cuantas personas en la ciudad que frecuentaban aquella casa.

Se celebraban en ella partidas de naipes con unas apuestas que mareaban.

Y se celebraban también unas juergas —con chicas incluidas, claro—, que mareaban mucho más.

Dan Ellis se detuvo a cierta distancia de la casa.

Seguramente desde allí no habían oído los disparos. Por lo tanto era muy posible que Tunder no supiera nada de lo ocurrido.

El joven descendió de su caballo y siguió a pie.

Saltó la valla del jardín y se dirigió a la puerta, que debía estar entreabierta porque por uno de sus lados se filtraba un resquicio de luz. Sus pies hicieron resonar la gravilla del sendero.

La puerta se abrió entonces del todo.

En la casa había más de un vigilante, y Ellis lo sabía. Allí no podía entrar cualquiera, sino sólo las personas conocidas. Y en el chalet sólo «se conocía» a los ricos.

Por eso el guardián arrugó el ceño al ver a Ellis.

No sabía nada de lo ocurrido en Bakersfield.

Pero sabía que el sueldo de un federal no da para demasiados lujos.

Dan Ellis no podía venir allí a correrse una juerga, porque no tenía dinero para eso.

Seguro que venía allí a investigar algo.

Por lo tanto era un indeseable.

Con la mano en el revólver, aunque sin sacarlo de la funda, el guardián, murmuró:

—¿Adónde va, Ellis?

—Quiero saber si Tunder está aquí.

—Nosotros no damos informes sobre nuestros clientes, usted ya debiera estar enterado de eso, federal. Lárguese de aquí.

Ellis puso los brazos en jarras.

No parecía enfadado. Una suave sonrisa flotaba en su boca.

—¿Por qué no puedo entrar? —preguntó.

—Este no es un sitio público. Aquí seleccionamos a nuestros

clientes.

—Imagine que quiero investigar algo.

—Usted no tiene jurisdicción en la ciudad. En todo caso debería venir el sheriff. Usted sólo es un vigilante del Gobierno en la zona de las reservas indias.

—Imagine que quiero ver a las chicas —susurró Ellis.

—Váyase al cuerno. Usted no tiene dinero para eso.

—Imagine que quiero mover las manos.

—¿De qué modo?

-¡¡Así!!

El puño derecho de Ellis salió disparado. Fue un gancho tan medido, tan exacto, tan contundente que su rival no se dio ni cuenta de lo que sucedía. Sacó el revólver con un movimiento reflejo, pero eso fue todo. De pronto su cerebro había parecido estallar. Dio media vuelta y cayó hacia adelante de bruces, mientras el «Colt» rodaba por la alfombra.

Ellis acababa de desembarazarse de su primer enemigo, pero sabía que llegarían otros. La caída del vigilante había hecho ruido, demasiado ruido. La alarma cundiría en el edificio, por muy ocupados y entretenidos que estuvieran sus visitantes.

En efecto, alguien voló sobre él antes de lo que esperaba.

Era alguien que tenía la agilidad de un puma.

Había saltado desde la barandilla del piso superior, lanzando una especie de grito salvaje. Ellis vio que era un indio renegado de los que muchas veces se contrataban como asesinos por cualquier precio. Debía estar encargado de Ia vigilancia del piso superior.

Los dos rodaron por el suelo.

El indio iba vestido como los hombres blancos, y además con ropas de buena clase. Llevaba en la derecha un pequeño cuchillo, del tamaño de un cortaplumas, pero con sólida y afiladísima hoja. En una lucha cuerpo a cuerpo, resultaba muy útil para rebanar el pescuezo a cualquiera.

Ellis tuvo que esquivar un mortífero tajo dirigido a su garganta, y que aun así se le llevó por delante parte del cuello de" la camisa. Con un golpe de rodilla pudo enviar por los aires a su enemigo, que sin embargo, se contorsionó para volver a atacar. Dan Ellis dio un par de vueltas sobre sí mismo, con la agilidad de un gato. La hoja de acero rasgó ahora la alfombra, con un sonido chirriante,

Pero ahora el indio había ejecutado un movimiento en falso.

Presentaba la nuca a los mortíferos puños de Ellis.

Este le golpeó dos veces, dejándole con la cabeza materialmente hundida en la gruesa alfombra. El indio no estaba muerto, pero quedaría K.O., para todo el resto de aquella noche. Dan Ellis sabía que, en cuanto despertase, empezaría con unos vómitos terribles, hasta que se fuera recuperando poco a poco.

Aprovechó la ocasión para subir las escaleras. No sabía si iba a encontrar más enemigos o no.

Un tipo bigotudo, con una tripa más grande que la rueda de una apisonadora, asomó por una de las puertas.

—¿Qué pasa?

Dan Ellis le sujetó por la punta de uno de los bigotes.

Tiró de ella.

Y el tipo salió detrás, disparado, hasta volar por encima de la barandilla.

En el interior, tras las otras puertas del pasillo, se oían airadas voces femeninas.

Dan Ellis no sabía dónde estaba Tunder. Pero imaginó que en la habitación principal, la que se hallaba al extremo del corredor.

Se dirigió hacia allí.

Sus dudas duraron poco.

La puerta se abrió de repente, y Tunder apareció en el umbral. Parecía enloquecido. Debía haberse dado cuenta al fin de lo que sucedía y estaba dispuesto a morir matando.

El «Colt» brilló fugazmente en su mano derecha.

Hizo fuego dos veces.

Dan Ellis, pegado a la pared, sintió las balas «acariciarle» los riñones. Sólo la penumbra que reinaba en el pasillo le salvó. Tunder había tenido la ventaja de poder disparar primero, pero el hecho de no poder ver bien al federal le jugó una mala pasada.

Ellis disparó a su vez.

Vio a Tunder tambalearse.

Otra bala más.

Tunder cayó de rodillas, pero disparando a su vez. La bala pareció zigzaguear por el suelo. Dan Ellis sintió que el plomo se le llevaba una de las espuelas.

Hizo fuego por tercera vez. Ahora acertó de lleno en mitad de la

cabeza de Tunder, a pesar de la penumbra. El millonario cayó hacia atrás sin exhalar un gemido.

Ellis avanzó poco a poco, con el «Colt» preparado.

Suponía que no habría más enemigos allí, pero no podía estar seguro. Entró en la habitación.

Esta era como todas las de ese estilo.

Pero Ellis no miró los muebles. No miró la ventana. No miró nada.

Sus ojos se clavaron exclusivamente en la mujer que ocupaba el centro de la habitación, una mujer alta, esplendorosa, de cálida mirada.

Una mujer como para caer muerto a sus pies.

Y la verdad fue que a Dan Ellis le faltó poco para eso.

i Qué señora!

Encajaba perfectamente en aquel ambiente frívolo-, hecho para las citas clandestinas y los placeres secretos.

Ellis tenía tantas cosas para fijarse que no se fijaba tu ninguna.

Pero hubo una de ellas que le llamó la atención al cabo de unos instantes. Era el medallón que descansaba sobre el pecho de la hermosa. Un magnífico medallón de oro que colgaba de una cadena del mismo metal.

¿Qué le recordaba el dibujo de aquel medallón? ¿Qué le recordaba aquella cabeza de animal rugiente, que parecía la cabeza de un puma?

El joven se acercó poco a poco a la radiante mujer.

Tendió la mano y arrancó el medallón de un tirón fuerte y seco.

Ella lanzó un gritito.

CAPITULO V
¿POR QUE MURIO BODY?

—¡ Bestia!

Ellis encajó el insulto sin pestañear. Bueno, era lo menos que podían decirle. Debía haberle hecho daño a la chica en el cuello al arrancarle el medallón, pese a lo cual ella apenas había iniciado el menor gesto de defensa. Lo único que hizo fue insultarle otra vez:

—¡Eres un salvaje!

—Eso ya me lo han dicho otras, nena. Aunque quizá no eran tan bonitas como tú.

—¡Déjame salir de aquí!

Ellis sonrió burlonamente.

—¿Con esa ropa?

En efecto, si la hermosa mujer llega a salir a la calle tal como iba en aquel momento, se organiza una manifestación en la ciudad. Ella se miró a sí misma, sobre todo sus largas y torneadas piernas, y dijo con un gesto de hastío:

—Me arreglaré.

-—Ya debes estar acostumbrada, claro.

—¿A ti qué te importa?

Él le indicó una de las butacas.

—Siéntate.

—¿Vas a retenerme aquí? ¡No tienes ningún derecho!

—Te prometo, nena —dijo Ellis— que si no fuera porque el sheriff no tardará, nos quedábamos aquí tú y yo hasta el día del Juicio Final. Pero desgraciadamente no puedo perder tiempo. Vas a contestarme a unas cuantas preguntas.

Ella hizo un gesto de resignación y se sentó en la butaca.

Apoyó audazmente las piernas en uno de los brazos del mueble.

Ellis tragó saliva.

Aquello hubiera mareado a una estatua, y más a él, que no era precisamente de piedra.

Susurró:

—Nunca te había visto por la ciudad. ¿Cuánto tiempo hace que trabajas aquí?

—Claro que no me habías visto. He venido de San Francisco hace poco.

—¿Cómo te llamas?

—Nelly.

—¿Edad?

—Veinticinco. ¿Pero qué es esto? ¿La ficha que suele hacer el sheriff cuando a una la meten en la cárcel?

—Sólo quiero saber qué relación tenías con Tunder.

Ella miró el cadáver desdeñosamente.

—¿Relación? —preguntó con una sonrisa burlona—. Ya ves...

Ellis avanzó hacia la puerta.

Pero no podía dedicarse a ella después de la macabra noche de sangre.

Además era evidente que alguien habría ido a avisar al sheriff, y éste pronto llegaría.

Había que confiar en que vería alguna otra vez a la damisela ligerita de ropa.

Y entonces...

Pero Ellis prefería no pensar en eso.

La voz femenina, dijo bruscamente:

—Eh, amigo.

—¿Qué pasa?

—¿No vas a devolverme el medallón?

El joven se volvió y se lo puso en las manos con suavidad. La belleza de la mujer le había hecho olvidarse hasta aquel instante del detalle que parecía encender una chispita en su cráneo. Ahora, mientras sus dedos rozaban el medallón, la chispita pareció volver a encenderse.

—Vi un trabajo muy parecido a éste -—dijo.

—¿Sí?

—Sólo que el medallón y la cadena eran de acero.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—El dibujo era el mismo.

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no habría de serlo? El dibujo que tanto te llama la atención lo han reproducido los indios muchas veces. Es un antiguo detalle de orfebrería indígena. Y lo trabajan en oro, en acero, en bronce...

Ellis hizo un gesto de asentimiento.
—Ahora lo entiendo —musitó.
—¿Qué es lo que entiendes?
—La primera vez que vi ese dibujo en un medallón, lo llevaba un indio.
—Bueno, ¿y qué importancia tiene eso?
—Ninguna. Perdona.
Ella murmuró:
—Vete al infierno.
Y se dedicó a tensarse una media con una mano mientras con la otra recogía el vestido y se disponía a ponérselo. La seductora visión dejó por un momento seca la boca de Dan Ellis, pero éste se encogió al final de hombros, se tragó lo que pensaba y salió de la habitación.
En la casa reinaba un espantoso silencio.
Era evidente que nadie se atrevía a salir de sus habitaciones. Y era evidente también que mientras tanto alguien había ido a avisar al sheriff de Bakersfield.
En efecto, mientras Ellis montaba poco después, oyó el galope de varios caballos que llegaban de la dirección en que estaba la ciudad. Pero él no los esperó. Claro que no los esperó. Se encogió de hombros y tomó el galope, largándose en dirección opuesta.

* * *

El sheriff estaba rabioso.
Dio un puñetazo a la mesa, un puñetazo tan fuerte que temblaron las piernas que Dan Ellis apoyaba en el mueble.
—¡Inconcebible! —aulló—. ¡Nunca debí consentirlo! ¡Ha deshecho el comité que se encargaba de los asuntos indios!
—Ese comité no tenía ningún valor oficial —dijo calmosamente Ellis—. Lo constituyeron unos cuantos tramposos para vigilarme a mí y evitar que lesionara sus intereses. Me limité a aguantarlos mientras no hicieran una cosa muy gorda, pero en cuanto la hicieran… ¡zas!
—Fueron cinco asesinatos.
—¿Asesinatos? Todos ellos tuvieron oportunidad de defenderse. Todos murieron, por decirlo así, con las botas puestas.
El sheriff rechinó los dientes.

—Haré que le empapelen por esto, Dan Ellis. Su ascenso se irá a la porra.

—No me importa. Precisamente no quería largarme de California.

—Nunca debió matar a eso» cinco hombres. Eran gente importante.

—Si maté a un indio por ultrajar; a una blanca, igualmente tenía que matar a cinco blancos por ultrajar a una india, cinco blancos que habían cometido un crimen mucho más cobarde aún. La ley es igual para todos.

—¡Y un cuerno! ¡No se puede vivir en California, en esta época, y pensar- de esa manera!

Ellis escupió por encima de la mesa.

El salivazo fue tan fuerte que hizo temblar el sombrero del sheriff.

—Esto lo hacía uno de los cinco muertos —dijo—. Creo que era Tunder. Y si yo Io hago también es para significarle que ha llegado la hora de largarse, sheriff. Me callo lo que pienso por respeto a su estrella, pero no me lo callaré si sigue un minuto más aquí.

El sheriff bufó, rojo de ira.

Pero no se atrevió a hacer nada contra un hombre que tiraba mejor que él y que además era agente federal.

Fue hasta la puerta, y una vez allí se giró.

—Tiene a todo el mundo en contra, Ellis —dijo—. A los poderosos de esta ciudad porque ha matado a cinco de ellos. Y a los indios payutes, porque ha liquidado cruelmente a uno de sus gallitos de pelea. Eso es todo lo que ha conseguido, y le juro que lo lamentará.

—Lo de Body me gustaría explicárselo a los payutes —dijo—. Ellos, por lo general, respetan a las mujeres. Tiene que darse cuenta de que Body merecía la muerte, y confío en que me entenderán.

—Si se atreve a hablar con los payutes, hable con ellos —dijo el sheriff—. Ojalá le maten.

Y salió.

El joven se puso en pie, se atizó un trago de whisky y salió también a la calle.

Desde que mató a Body, aquella idea venía rondándole por la cabeza.

Tenía que dar una explicación a los familiares de Body, si es que existían. No quería que aquello sirviera de motivo para nuevas luchas entre blancos y payutes. En aquella triste región de California, al borde mismo de los grandes desiertos, había mucha gente interesada en que aquellas luchas se produjeran.

Traficantes de armas, vendedores de whisky, ladrones de caballos...

El tenía que evitarlo.

De modo que caminó por la calle principal, y al llegar al final de ésta dobló hacia la derecha, hacia un callejón donde existía un puesto de bebidas de ínfima categoría.

Aquél era uno de los pocos sitios en que los indios eran admitidos.

A Ellis le hubiera gustado que fueran admitidos en todas partes.

Pero tenía que comprender la realidad. Los indios, por lo general, tenían mal whisky. Las borracheras los ponían fuera de sí. Cuando bebían demasiado, no se transformaban simplemente en unos ebrios, sino en unos locos.

Por eso resultaba más fácil controlarlos dejando que bebieran sólo en uno o dos sitios.

El agente del sheriff que estaba de vigilancia a la entrada del callejón, murmuró:

—Buen trabajo, Ellis.

El, por lo visto, no pensaba como su jefe.

Y estaba seguro de que la muerte de los cinco caciques había sido una operación de limpieza.

Ellis se limitó a contestar con un gruñido.

No le gustaban los elogios.

Entró en el establecimiento de bebidas, procurando sortear los cuerpos de los indios borrachos, que dormitaban desde la noche anterior.

Unos cuantos más estaban trasegando whisky en la barra.

Si se podía llamar whisky a aquella especie de petróleo que hubiera hecho funcionar a la perfección los motores de una fábrica.

El tabernero masculló:

—No debiste haberte metido aquí, Ellis.

—¿Tienes miedo de que haya jaleo y te rompan los cristales?

—Tengo miedo de que haya jaleo y me rompan la cara.

Ellis se acercó a la barra.

—Muchacho, tengo una idea —dijo—. Si ese desastre ocurre, vende tus botellas de whisky a los militares. No para que las beban, sino para que las empleen como proyectiles de artillería. Te juro que con unos cuantos botellazos de esa clase, cualquier ejército enemigo queda deshecho. Lo malo es que en los sitios donde se hubiera derramado el whisky no volvería a crecer la hierba.

—Tú tienes muchas ganas de broma.

—Tengo ganas de hablar con alguno de éstos —musitó Ellis.

Y señaló a los indios que ocupaban en parte la barra.

Pero se dio cuenta de que la cosa no iba a ser fácil.

Los payutes le volvían ostensiblemente la espalda.

Ellis, murmuró:

—Sólo quiero hacer una pregunta.

Y de pronto todos sus músculos se contrajeron.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, mientras hurtaba el cuello a la salvaje cuchillada.

De no ser por la velocidad de sus reflejos, le degüellan allí mismo. El tajo lo había lanzado por sorpresa y a traición el indio que estaba más cerca, y el cual acababa de volverse. Dan Ellis alzó las dos manos, sujetó la muñeca de su enemigo y la retorció.

Inmediatamente sonó un chasquido terrible.

El payute quedó de rodillas, quieto anhelante, con el brazo derecho roto.

Ellis masculló:

—Te romperé algo más importante si no hablas, muchacho. No he venido aquí en son de guerra y por tanto no consentiré que un imbécil como tú, me ponga las cosas difíciles. Sólo quiero saber si Body tenía familia. ¡Habla!

El indio jadeó:

—La... la tenía.

—¿Dónde?

—No lejos de aquí, en el criadero de caballos de Lomas Altas.

—Gracias.

Ellis le soltó.

—Haz que te curen el _brazo —dijo—. Estarás bien dentro de dos meses si no vuelves a hacer el idiota.

Y salió del local.

Sabía que el criadero de caballos de Lomas Altas no estaba lejos.

Apenas a cinco millas.

En realidad el nombre de «criadero» no era el más adecuado. Verdaderamente se trataba de un sitio adonde los payutes trasladaban los potros salvajes, de menos de un año cazados en las montañas del borde del desierto. Allí los domaban, los entrenaban y los vendían convertidos en unos magníficos animales de silla. Pero en realidad no eran ellos los que hacían el verdadero negocio, sino los hombres blancos que se lo habían organizado.

El joven llegó allí al poco tiempo.

Sabía que se exponía a nuevos peligros.

Del mismo modo que un payute había tratado de degollarle en la cantina, varias docenas de ellos podían intentar lincharle allí mismo. Y si se lo proponían lo iban a conseguir.

La zona de Lomas Altas consistía en una serie de cercados donde estaban los caballos, y en una serie de barracones de madera donde vivían los payutes y sus familias. No todos los de la reserva, sino sólo los que se dedicaban a la doma de los corceles.

Todo era agreste y salvaje.

Debía dar tristeza vivir allí.

Dan Ellis no sabía, cuando mató a Body, que éste se dedicaba al negocio de los potros.

Saltó de la silla y avanzó a pie por entre los barracones.

No se veía apenas a nadie.

Sólo de trecho en trecho algunos ancianos payutes que tejían alfombras junto a los escasos árboles. Más lejos, en un riachuelo, las mujeres lavaban, mientras los chiquillos correteaban junto al agua. Casi todos los hombres debían estar en las montañas cazando caballos, lo que a Ellis le pareció una excelente noticia, poique así no irían a por él.

Uno de los viejos se acercó.

Lo conocía perfectamente, por ser Ellis el federal encargado de proteger la reserva.

—¿Qué quieres, hombre blanco?

—Quiero saber dónde está la familia de Body.

El viejo miró hacia el cielo.

No necesitó dar ninguna respuesta.

En ese momento una bala aulló en el aire, con un ladrido seco, y

Ellis no tuvo tiempo de apartarse. El plomo pasó tan cerca de su cabeza que segó cabellos de ésta, produciéndole en la piel 'una leve línea de sangre.

Dan Ellis quedó petrificado.

No se atrevió ni a rozar el revólver.

Oyó a su espalda el chasquido de la palanca, delator de que en la recámara acababa de entrar otra bala. Eso indicaba que con un solo gesto podía enviarle al infierno.

Pero no se produjo ningún nuevo disparo.

Dan Ellis, con los brazos levemente alzados, esperaba la muerte. Aún zumbaba en sus oídos el pitido atroz de la bala. Pero ese pitido pronto cesó para ser sustituido por el silencio, un silencio igualmente atroz y más insoportable aún, porque era un silencio que parecía llenar las montañas, llegar hasta el final del mundo y no terminarse nunca.

~E1 viejo payute permanecía impasible.

Al fin susurró:

—Creo que puedes volverte, hombre blanco.

Ellis se volvió.

Y entonces vio a la muchacha. La muchacha estaba ahora frente a él, encima de un pequeño promontorio. Sostenía el rifle entre sus manos y le apuntaba a la cara. Daba la sensación de que podía disparar de un momento a otro.

Pero, curiosamente, Dan Ellis no se fijó en eso.

A Dan Ellis parecía tenerle sin cuidado la muerte, siempre que le llegara de manos de aquella extraña criatura.

Era una curiosa mezcla de india y de mujer blanca. De las indias tenía el tipo ágil elástico, la cintura fina > vibrátil como un tallo de maíz. Tenía también la piel levemente tostada, de mujer que siempre ha vivido al sol. En cambio su sangre blanca se delataba en las formas opulentas, en su estatura —bastante superior a la de los payutes— y en sus ojos claros y limpios que le miraban desafiantes, con una especie de asco V al mismo tiempo de odio.

Ellis nunca había visto a la mujer que ahora tenía ante los ojos.

No sabía quién era.

Pero sin duda vivía en Lomas Altas, porque sus ropas humildes eran las mismas de todos los que habitaban allí.

Fue ella !a que musitó:

—¿Crees que aquí sólo criamos caballos?

—Pues... pues sí.

—Te equivocas. También criamos cerdos.

—¿A qué viene eso?

—Una vez al año cada familia payute mata el suyo. Y a los pobres cerdos no les damos ninguna oportunidad de defenderse, ésa es la verdad. Pero hoy va a haber una excepción: hoy va a celebrarse la matanza de un cerdo que tendrá la oportunidad de defender su vida.

Ellis alzó la cabeza un poco.

—Supongo que ese cerdo soy yo, ¿no?

—Exactamente.

—No he venido en son de guerra, muchacha. No tengo el menor interés en que aquí corra la sangre.

—Yo sí.

Ellis se dio cuenta de que ella no bromeaba.

Siempre es más temible una mujer que un pistolero, porque un pistolero suele avenirse a razones, y una mujer, no.

Ella barbotó:

—¿No tienes un revólver?

—Claro que lo tengo.

—¿No sabes usarlo?

—No quiero usarlo, muchacha.

—Muy bien. Entonces peor para ti. Podías haber muerto como un hombre, pero si eso no te gusta..., ¡muere como un cerdo!

Y apretó el gatillo.

Quizá nunca Ellis se había visto en un apuro tan terrible, en una situación tan angustiosa como aquélla. Fue el desafío peor de su vida, un desafío en el que tuvo todas las desventajas. Si no llega a dejarse llevar por su instinto, la bala le parte la frente en dos. Pero fue su instinto el que actuó por él, sin que él pensara en nada. Bruscamente se encontró cayendo a! suelo, justo en el instante en que ella iba a apretar el gatillo. Mientras caía, «sacó».

La muchacha no era lo que se dice una profesional. Un auténtico *gun-man* hubiera adivinado el movimiento de Ellis y hubiera apuntado un poco más abajo, destrozándole en el suelo. Pero la muchacha falló, a pesar de que esta vez sí que tenía Ia clarísima intención de matarle.

Dan Ellis también disparó, con un movimiento reflejo.

Las dos balas casi se cruzaron.

Y la muchacha se estremeció.

Pero no porque hubiera sido alcanzada, sino porque el rifle pareció de pronto quemarle en sus manos. La sacudida fue brutal.

La bala de! revólver de Ellis había partido en dos la caja de mecanismos del arma.

La muchacha soltó los dos pedazos del rifle, que ahora va no servían ni para palos de escoba. Dan Ellis saltó sobre ella con Ia agilidad de un puma, antes de que pudiera huir.

La chica se volvió furiosamente.

Era como una fierecilla. Trató de clavar sus uñas en la cara del federal.

Cuando no pudo conseguirlo porque le faltaba fuerza, pateó desesperadamente los tobillos de éste. Ellis Ia soltó, empujándola, y la chica rodó hasta el umbral de la casa de troncos donde vivía.

El viejo payute había contemplado aquella escena con la impasibilidad de una estatua.

Pero al ver caída a la muchacha susurró:

—No es justo lo que estás haciendo, Sheila.

Ellis apretó los labios.

Vaya… Bonita chica y bonito nombre. De modo que se llamaba Sheila…

—¡Es un asesino de payutes! —gritó ella, tras rechinar los dientes.

—Repito que no es justo —murmuró el viejo—. Cierto que mató a Body, pero también vengo a Estrella, la chica ultrajada. Y para vengar a Estrella ha matado a cinco hombres blancos de los más importantes de Bakersfield.

Ella sacudió la cabeza, mientras se ponía en pie poco a poco.

Parecía no estar enterada de aquello, y su animosidad hacia Ellis decayó un tanto. Pero siguió mirándolo con desprecio.

—Una cosa no lava la otra —murmuró- . El asesinó a mi hermano.

Ellis trató de ayudarla a levantarse del todo, pero Sheila le rechazó.

—No sabía que fuera tu hermano —dijo el federal—. Y no lo asesiné. Antes de que lo capturara tuvo oportunidad de defenderse.

—Pero luego...

—Reconozco que no fui muy caritativo con él —dijo Ellis en voz baja.

—Eres un miserable.

—Tu hermano no era demasiado mejor... si es que de verdad teníais ese parentesco.

—¿Por qué no habíamos de tenerlo?

—Se nota que tienes mezcla de sangres. 0 tu padre o tu madre fueron blancos.

—Los de Body también. Éramos hermanos de verdad. Pero él heredó los rasgos de mi padre, indio, mientras que yo he heredado los de mi madre blanca.

—Ignoraba ese detalle —reconoció Ellis.

—Por eso mi hermano nunca fue bien admitido ni entre los blancos ni entre los payutes —susurró ella—. Le ocurrió lo que siempre me ha ocurrido a mí también.

—De todos modos eso no disculpa su crimen —dijo el federal pensativamente.

—Ya sé que no lo disculpa. Pero lo que no entiendo es por qué lo cometió.

—Tal vez un instante de locura... —sugirió Ellis—. Aunque lo cierto es que tu hermano tenía mala fama.

—No con las mujeres. Si tenía mala fama era a causa del alcohol.

—Eso es cierto —murmuró Ellis—. Pero quizá él es-, taba borracho cuando aquello ocurrió.

—Hum... No lo creo. Siempre que he pensado en eso, no he llegado a entenderlo de ningún modo.

—¿Por qué no?

—Él era guapo. Muy guapo para ser indio —susurró Sheila pensativamente—. Y se valía de eso.

—Estás desviando la conversación. ¿Se valía de eso para qué? ¿No salía con chicas?

—Sí.

—¿Con chicas de su raza?

—Sí, generalmente sí, aunque también gustaba a alguna» blancas.

—Se dan esos casos —murmuró Ellis.

—Pero nunca lo he entendido —dijo ella.

—Volvemos a lo que estábamos diciendo hace un instante. ¿Por qué no lo entiendes?

—A Body le daban asco las mujeres.

Dan Ellis sintió como una brusca crispación en Ia mandíbula.

Igual que si le hubieran dado un puñetazo.

Sus dientes entrechocaron.

—¿Qué dices...?

—Más vale que hablemos claro. Después de todo él ya está muerto y usted es el hombre que lo mató. Body no era... como los otros.

—¿Quieres decir que...?

—El se tenía por un chico guapo. Y lo era.

—Bueno, hay muchos hombres guapos en el mundo, pero... —y Ellis se hizo un lío y ya no supo cómo continuar.

Ella le ayudó.

—Es natural que a los chicos guapos les gusten las mujeres, ¿no? —dijo—. A Body no. A Body las mujeres le hastiábamos. Todo empezó con la llegada de aquel médico.

—¿Quién?

—El doctor Mac Arthur.

—El doctor Mac Arthur es una persona respetable —dijo Ellis—. Estuvo aquí cuando se habló de que había peligro de epidemia entre las tribus de la reserva.

—Ya lo sé, y yo no tengo nada contra él. Pero hizo amistad con Body, y a partir del momento en que le regaló el medallón, ¡as cosas cambiaron.

Ellis parpadeó de nuevo.

—¿Qué medallón?

—Uno de acero en el que estaba reproducida la cabeza de un puma.

—Lo recuerdo muy bien. Yo mismo se lo arranqué al cadáver —dijo Ellis con voz confusa—. Pero no sabía ni remotamente quién se lo había dado.

—Fue el doctor Mac Arthur.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Tenía algún significado especial?

—No lo sé tampoco.

Ellis volvió a pasarse el dorso de la mano por la boca.

—De verdad lo siento… —murmuró con expresión confundida—. Creo que no cometí ninguna injusticia al matar a Body. La ley está muy clara en esta tierra: el que viola a una mujer, tiene pena de muerte. Maté a Body y luego he matado a otros cinco hombres por la misma razón. Pero detrás de todo esto hay un problema humano. Yo he pensado que quizá Body era el sostén de su familia.

—Toda su familia era yo —murmuró Sheila despectivamente—, Y yo sé trabajar.

—Me dije que tal vez existían unos padres ancianos,

—¿Y quería ayudarlos?

—Sí,

—¡No me diga…!

La voz de Sheila era más despectiva cada vez.

—Repito que estoy dispuesto a dar cualquier clase de ayuda —dijo Ellis—. Y si tú la necesitas…

—Lo único que necesito es que te vayas cuanto antes de aquí. Sólo con pisar esta tierra, la ensucias.

—Lamento que pienses así —murmuró él.

—¡Vete!

—Si necesitas algo…

—¡Sé trabajar! ¡Vete al infierno!

Ellis volvió lentamente la espalda y se alejó de allí.

Estaba tan pensativo que hasta en el primer momento pasó por delante de su caballo sin verlo.

Al fin montó, y sin picar espuelas, se alejó poco a poco de la zona de Lomas Altas, mientras sus manos sujetaban las riendas de una forma insegura y sus pensamientos eran un torbellino.

CAPITULO VI
LA DAMISELA DEL ESCOTE EN «V»

Ellis miró las casas chatas y tranquilas de la ciudad de Tulare, que está al norte de Bakersfield. Había viajado durante todo el día para llegar allí a! anochecer. Tulare era una ciudad apacible, una de las más apacibles del centro de California. Tanto que los que vieron a Ellis pensaron qué demonios iba a hacer allí aquel federal, si en Tulare no existían indios V no se había cometido ningún delito.

El joven entró en el saloon.

Hasta allí el ambiente era tranquilo.

Había unos cuantos bebedores trasegando cerveza. Sonaba una pianola. El tabernero, falto de trabajo, se rascaba una oreja con un mondadientes.

Ellis pidió cerveza también.

Notó que llamaba la atención, porque bastante gente le conocía allí. Pero hasta que la suave música de la pianola hubo cesado, él no despegó los labios.

—Me han dicho que el doctor Mac Arthur vive ahora aquí —susurró.

El tabernero se volvió hacia él.

-—En efecto; hace dos meses que está en Tulare.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Hum... A esta hora en un sitio que usted no imagina.

—¿Qué sitio?

—El cementerio.

Ellis apartó bruscamente de su boca la cerveza que estaba bebiendo, mientras hacía un gesto de asombro.

—¿En el cementerio? ¿Y qué cuerno pinta allí?

—Hum... Es muy sencillo. Cuando Mac Arthur llegó a la ciudad, traía algo muy desagradable para él. Lo más desagradable del mundo, ¿sabe? El cadáver de su propia hija. La muchacha había muerto de unas fiebres durante el viaje, y ni el mismo doctor Mac Arthur, que entiende bastante de eso, logró salvarla. Su primer acto como vecino de Tulare tuvo que consistir en encontrar una tumba, Ia tumba mejor situada del cementerio de la ciudad. Allí enterró a su

hija. Todos los habitantes masculinos de Tulare asistimos al entierro, porque Mac Arthur era una persona bastante conocida en la comarca. Desde entonces, cada tarde a esta hora va a hacer una visita a la tumba. Si no quiere esperarle, le encontrará delante de la lápida.

Dan Ellis hizo un gesto que no tenía nada de alegre.

Le incomodaba mucho tener que molestar a. un hombre en una situación semejante.

Pero al mismo tiempo le urgía volver a Bakersfield, porque la situación en la reserva india seguía tensa.

—Iré al cementerio. —dijo—. Espero no molestarle demasiado.

Tulare tenía un camposanto muy pequeño, como correspondía a la modestia de la ciudad. Ellis conocía el camino. Montó de nuevo a caballo y se dispuso a llegar hasta allí.

Las sombras se habían alargado ya definitivamente La noche estaba llegando por momentos.

Pero no obstante Ellis lo veía todo muy bien. Y así fue como vio dos cosas al final de la calle: el elegante carruaje que se acercaba y la serpiente que cruzaba a toda velocidad de una esquina a otra.

Las serpientes abundaban mucho en las ciudades polvorientas del centro de California.

Solían vivir entre las ruinas de las casas abandonadas y de vez en cuando infestaban las ciudades.

Ellis no lo dudó un momento.

Extrajo el revólver y, desde la cadera, disparó.

Su bala fue tan certera que prácticamente partió la garganta del ofidio por la mitad. Pero al mismo tiempo aquella bala pasó muy cerca del caballo que se aproximaba. Tan cerca que el animal se asustó y se desbocó, emprendiendo un rabioso galope y haciendo dar un terrible brinco al carruaje del cual tiraba.

Ellis se dio cuenta inmediatamente del peligro que corría el único pasajero.

Aquel único pasajero era una mujer.

Esta tiraba frenéticamente de las riendas, intentando detener el caballo, pero el animal estaba tan asustado que su galope se hacía más rabioso cada vez. Dan Ellis intentó cruzarse en el camino del corcel, pero comprendió que no ganaría nada con eso. Al contrario, sería arrollado. De modo que se hizo a un lado en el último

momento, brincó sobre la silla como si le hubiera movido un resorte, y, tras una ágil pirueta, cayó materialmente sobre el lomo del animal desbocado.

Abrazándose al cuello de éste y sujetándole la cabeza con todas sus fuerzas, logró detenerlo antes de que fuera demasiado tarde. Pero sólo tuvo un éxito relativo. En realidad, si el caballo frenó fue también en parte porque una de las ruedas del carruaje saltó hecha pedazos. Toda la parte izquierda de la suspensión se fue al diablo. La chica que estaba en el pescante saltó como si la hubiera movido un resorte también.

Rodó por el suelo.

Ellis, mientras tranquilizaba al caballo, la miró desde arriba, desde el lomo del animal.

E inmediatamente perdió !a noción del tiempo.

Se hubiera pasado así, mirando, dos semanas o dos meses.

La chica valía ¡a pena.

Había visto dos mujeres muy hermosas últimamente: Nelly y Sheila. Pero ésta no les iba a la zaga. Esta era también una mujer de narices. Quizá algo distinta a causa de sus largos cabellos rubios y sus labios gordezuelos, provocativos y rojos. Pero en cuanto a curvas y todo lo demás, se parecía a las otras dos chicas como dos gotas de agua.

Llevaba un vestido muy ceñido.

Con un gran escote en forma de «V».

Ella gritó;

—¿Qué mira? ¿Aún se queda ahí pasmado, asesino?

—No creo haber hecho nada malo —dijo Ellis.

—¡ Ha estado a punto de matarme!

—Sólo trataba de ayudarla.

—¡Ayudarme! ¡Ha destrozado mi carruaje! ¡Un carruaje que vale más de mil dólares!

—Pagaré la reparación —musitó Ellis.

—¡ Y todo ha venido por disparar contra aquella serpiente ! ¡Yo la he visto bien! ¡ Era una serpiente inofensiva, un bicho con cabeza no triangular, sino redonda! La hubiera aplastado con mis ruedas sin necesidad de todo eso!

—A la distancia a que estaba no he podido verla bien —se disculpó Ellis—. Repito que mi intención era buena. He pensado que

aquel bicho podía morder a alguien.

Y bajó del caballo para ayudar a la muchacha a levantarse.

Pero ella le apartó con un gesto.

—¡Váyase al infierno!

—Parece que mi llegada a la ciudad no ha sido demasiado afortunada —reconoció Ellis.

—¡Pues entonces márchese cuanto antes! ¡Aquí no hace maldita la falta!

—Insisto en que pagaré la reparación del carruaje —dijo el federal—. Me llamó Dan Ellis y me encontrará en el hotel. Buenos noches.

Llevó su mano derecha al sombrero, a modo de saludo, y se alejó.

De repente había decidido quedarse una noche en Tulare.

Quería tener Una nueva oportunidad de ver a la chica del escote en forma de «V».

En primer lugar —se decía a sí mismo—, quería quitarle el mal sabor de boca.

Pero en segundo lugar… ¡ejem…! Bueno, uno no se cansa nunca de ver a una chica que lleva un vestido de esa clase.

El joven siguió hacia el cementerio.

La noche ya había cerrado casi por completo.

Pero la entrada del camposanto estaba iluminada por un par de faroles que derramaban una incierta luz sobre las lápidas. Eso le permitió ver la espalda de un hombre alto, delgado que estaba muy quieto ante una de ellas.

El joven descabalgó y se dispuso a entrar.

Aquél tenía que ser el doctor Mac Arthur, a quien había oído nombrar mucho, aunque sin tener la oportunidad de conocerle.

Se acercó poco a poco.

El miraba la espalda del doctor Mac Arthur, pero sin darse cuenta de que alguien, a su vez, miraba la suya.

Alguien que tenía en las manos un rifle automático.

Y que apretó el gatillo.

* * *

El joven se salvó esta vez gracias a la inteligencia de su caballo.

No sospechaba ni remotamente que pudiera tener a nadie a su espalda. Pero el hombre que trataba de asesinarle estaba tan visible que el caballo lo distinguió. Y si alguien cree que los animales no piensan, allí tuvo la ocasión de cerciorarse de lo contrario.

El corcel se arrojó materialmente encima de Ellis y le empujó con el morro.

La bala silbó junto al animal, pasando exactamente por el sitio donde antes estaba Ellis. El caballo dio un terrible brinco, pero no resultó alcanzado. Ellis rodó por el suelo, mientras sacaba el revólver con un movimiento centelleante.

Su enemigo fue a disparar otra vez.

Pero ya era demasiado tarde.

Ellis le había visto.

El federal disparó desde el suelo y le alcanzó de lleno dos veces. El rifle saltó por los aires, mientras su dueño aullaba retorciéndose de dolor.

Dan Ellis corrió hacia él.

Pero cuando llegó junto al caído, éste era ya un cadáver solamente. Fue a registrarlo, a! darse cuenta de que no lo había visto jamás, y en aquel momento oyó unos pasos a su espalda.

La figura alta y pálida de! doctor Mac Arthur, que vestía de negro, se plantó ante él.

—¿Puedo hacer algo por ese hombre? —fue Io primero que preguntó, señalando con el mentón al caído.

—Me temo que esté ya muerto, doctor. Las dos balas le han alcanzado en el corazón.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ése tipo ha tratado de matarme por la espalda. De no ser por la inteligencia de mi caballo, lo hubiera conseguido.

—Ya me he dado cuenta, al oír el relincho del animal, pero ha sido todo tan rápido que no he podido evitar nada. ¿Quién era ese hombre? ¿Lo conocía usted?

—No.

—¿Por qué ha querido matarle?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Los federales tienen más enemigos de los que ellos piensan —dijo Mac Arthur, encogiéndose de hombros—, y usted es un federal. En fin, puede dar gracias por seguir vivo. ¿Me ayuda a entrar a este

hombre en el cementerio?

—Claro que sí.

Entre los dos lo depositaron cerca de las primeras lápidas. Mac Arthur explicó:

—Mañana el encargado del cementerio lo enterrará sin hacer preguntas. Y ahora, ¿puedo saber a qué ha venido a la ciudad, agente?

—Precisamente quería verle a usted, doctor.

Mac Arthur hizo un gesto de sorpresa.

—¿A mí...?

—Sé que usted tuvo amistad con un indio llamado Body.

—Body... Body... No acabo de recordar bien.

—Murió hace muy poco.

El médico chascó dos dedos.

—Ah, sí... Justamente lo leí hace muy pocos días en los periódicos. Hubo un pequeño escándalo, ahora lo recuerdo. Hubo un federal que lo mató cruelmente. No me diga que... que ese federal es usted.

—En efecto.

—Pues le aseguro que no tengo ningún placer en conocerle, agente.

—El caso de Body había que vivirlo allí, doctor. No era tan sencillo como los periódicos dijeron. Pero usted lo conoció, ¿no?

—En efecto. Era un pobre muchacho.

—¿Algo afeminado?

—Pues... pues a ratos lo parecía y a ratos no. Pero quizá lo fuera.

—¿Por qué le regaló usted un medallón?

Mac Arthur se sobresaltó.

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Qué quiere decir...?

—Tranquilícese, doctor. Sólo quiero averiguar unas cosas sobre Body, no sobre usted. Usted está por encima de toda sospecha. Pero me gustaría saber si ese medallón tenía algún significado.

—No. Bueno... es decir, sí. Se trata de un objeto muy corriente en la artesanía india.

—Ya lo sé.

—Body quería dejar la reserva y venir a trabajar a la ciudad. A Tulare, por ejemplo. Yo le dije que tal vez necesitara un ayudante, y que si quería podía venir a verme. El compró ese medallón en una

tienducha de la reserva y grabó en el reverso, a punta de navaja, el nombre de la ciudad: «Tulare». No sé si usted se fijó en eso.

—Con franqueza, no lo recuerdo, pero también es cierto que no di importancia a aquel objeto y no me fijé.

—¿Lo conserva?

—No. Lo tiene el sheriff de Bakersfield, con las otras pertenencias del muerto.

—En fin, lo mismo da. Lo que Body quería era recordar bien el nombre de la ciudad. Pensé que quizás algún día vendría por aquí, pero ya no volví a verle. Incluso lo había olvidado.

Mientras hablaban, iban llegando a la ciudad. Como el médico iba a pie, Ellis le había acompañado también a pie, pero llevando al caballo de la brida y acariciándole el cuello de vez en cuando.

Mac Arthur le señaló una casa del centro de Ia calle principal, donde había una placa.

—Ahí vivo —dijo—. Si necesita algo más...

—No, doctor.

—¿Va a quedarse esta noche en Tulare?

—Creo que sí. Ya es tarde para regresar.

—Puedo ofrecerle hospitalidad si lo desea. Me sobran habitaciones.

—No, gracias, doctor. Estaré en el hotel, para marchar mañana mismo por la mañana. Siento haberle molestado con estas preguntas.

—No le he ayudado gran cosa.

—Al contrario, me ha sido muy útil. No encontraba ninguna relación entre usted, Body y ese medallón, y ahora me doy cuenta de que fue una cosa sin importancia. Buenas noches.

Le hizo un saludo y se dirigió al hotel.

Su primera orden allí consistió en encargar una ración doble de la mejor comida para su caballo. Luego pidió una habitación y se dispuso a dejar pasar las horas de la noche.

Pero no todas las horas.

El tenía algo que hacer.

Algo tan importante que pensaba terminarlo antes de que amaneciese.

Y por eso, sobre la una de la madrugada, se levantó, se puso de nuevo las botas —que eran lo único que se había quitado— y salió

sigilosamente del hotel.

Su objetivo estaba muy claro:

Iba a volver al cementerio de Tulare.

CAPITULO VII
BUSCA TU TUMBA, AMIGO

Dan Ellis atravesó la ciudad por la parte trasera de las casas, sin que nadie le viese. Una vez en campo abierto, abandonó el disimulo y se dirigió a buen paso hacia el cementerio, que seguía distinguiéndose en la lejanía por los faroles encendidos junto a su entrada.

En la noche, con el viento silbando lúgubremente, aquél era un detalle siniestro.

Desde los árboles del camino hasta las rocas, pasando por los relieves lejanos de las casas, todo daba la sensación de una senda de fantasmas que llevaba al Más Allá.

A nadie le gustaba ir de noche al cementerio de Tulare.

Pero Dan Ellis no se dejó impresionar. Tenía una idea metida entre ceja y ceja y esperaba verla confirmada aquella misma noche.

Penetró en el cementerio.

Los dos faroles iluminaron perfectamente su figura.

El no pensó que eso tuviera demasiada importancia.

Daba por descontado que no habría nadie allí.

Pero se equivocaba de medio a medio.

Le estaban esperando.

La figura se movió sigilosamente a su espalda, entre las sombras, alzándose como un fantasma entre las lápidas.

Una mano se alzó también.

El cuchillo de pesado mango relucía en ella.

El cuchillo salió disparado.

Y con él voló la muerte...

* * *

Por segunda vez en aquella noche, Ellis tuvo una suerte que quizá no volvería a tener. Iba andando en busca del sitio donde habían depositado el cadáver y tropezó de lleno con una de las fosas. Lanzó una imprecación mientras caía y se llevaba, casi, una cruz por delante. Pero en aquel momento estuvo bien lejos de

imaginar que con eso salvaba su piel.

El cuchillo le rozó.

Y fue a estrellarse contra la lápida con un sonido metálico.

Ellis volvió la cabeza.

No tuvo tiempo ni de «sacar».

Dos figuras negras y fantasmales saltaban hacia él. Una, la que debía haber lanzado el cuchillo, venía de su izquierda. La otra llegaba por la derecha.

No llevaban armas de fuego, quizá para que los estampidos no se escucharan desde la cercana población. Pero los machetes mexicanos que empuñaban eran en aquellas circunstancias un arma más terrible que los revólveres.

Dan Ellis apenas tuvo tiempo para reaccionar.

No podía rechazarlos a los dos a la vez, y por eso lo único que se le ocurrió fue dar una vuelta de campana invertida y saltar detrás de la lápida. Lo hizo con la rapidez y la agilidad de un nadador que salta desde la palanca. Los machetes se estrellaron rabiosamente contra la piedra de la lápida un segundo después de que el federal se protegiese tras ella.

Ellis llevaba su revólver e intentó sacarlo.

El tajo del enemigo que tenía a su derecha fue tan certero que el federal hubo de retirar la mano porque de lo contrario la hoja de acero se la hubiese llevado por delante. El filo se hundió en el cuero de la funda y lo hendió por completo, separándola del resto del cinturón-canana. En menos de un segundo, Ellis se encontró con que ya no tenía el revólver. Había caído, con la funda, al suelo.

Mientras tanto el enemigo de su izquierda estaba reaccionando también.

Volvían a ser dos los que alzaban los machetes, uno por cada lado.

Ellis saltó hacia atrás, cayendo sobre otra de las fosas. Sus enemigos fallaron también los golpes, porque la agilidad del federal era endiablada. Pero volvieron a atacar de nuevo, y entonces Ellis se dio cuenta de que estaba perdido.

Fue a intentar girar de nuevo, y para eso se apoyó en la mano derecha extendida. Fue entonces cuando sus dedos palparon algo. Era un objeto muy normal en un cementerio: una pala.

El joven la alzó frenéticamente.

El tajo que iba dirigido a su garganta se encontró con el mango de la pala. Se oyó un «tloc» y el mango casi se partió, pero el golpe fue detenido. Entonces, sin pérdida de tiempo, Ellis alzó la pala con todas sus fuerzas.

La extremidad de metal de ésta dio en la garganta del enemigo que estaba casi encima suyo, abriendo en ella una profunda brecha. La sangre empezó a brotar. El de! machete lanzó un grito mientras se llevaba ambas manos a la herida.

Su compañero vaciló un momento.

No había esperado una reacción tan rápida.

Pero lanzó un grito salvaje y arremetió contra el federal con el machete en alto, como un pirata que se lanzaba al abordaje.

Para Ellis fue relativamente fácil acabar con un enemigo así, que ya no calculaba sus movimientos.

Se hizo a un lado con la rapidez de un gato, mientras extendía la pierna izquierda. Fue en realidad una zancadilla. Su enemigo tropezó y cayó sobre la fosa, muy cerca de donde el otro se debatía en los espasmos de la muerte.

Dan Ellis alzó la pala de nuevo y la dejó caer sobre la cabeza de su enemigo. Este sufrió una violenta contracción, al tiempo que intentaba sacar el revólver, sin importarle ya armar todo el estrépito del mundo.

Pero no le quedaron ni fuerzas ni tiempo.

El filo de la pala se había hundido en su cráneo. Quedó espantosamente quieto, mientras Ellis se acercaba al otro por si aún podía interrogarle.

Pero se dio cuenta de que ya era imposible.

La hemorragia resultaba incontenible. Aquel individuo iba a morir.

El federal se apartó de él y buscó lo que había buscado desde el principio. Lo que había motivado su in tempestivo viaje al cementerio: el cuerpo del hombre que había tratado de matarle cuando él se acercó al camposanto de Tulare.

Tenía una sospecha.

Mac Arthur se había dado buena prisa en introducirlo en el cementerio para que el joven no pudiera registrarlo. Y sin duda los dos hombres que acababan de morir debían haber estado sepultándolo. De ese modo, a la mañana siguiente ya no habría

rastro de aquel tipo. Mac Arthur diría que se había encargado de él el sepulturero, cosa a la que nadie podría hacer objeción alguna.

En efecto, la luz de los dos faroles bastó al joven para descubrir una fosa recién abierta.

En su fondo descansaba el cadáver de aquel tipo.

Ellis lo sacó y lo registró. No le encontró encima más que unos cuantos dólares arrugados y unas balas de revólver. Pero lo más importante para él fue lo que aquel tipo llevaba colgado al cuello, y que sus enterradores no habían tenido tiempo de quitarle aún.

Una medalla de acero, pendiente de una cadena del -mismo metal, y en la cual estaba reproducida la cabeza de un puma.

CAPITULO VIII
LA MUJER DEL ESCOTE, PERO SIN ESCOTE

Cuando Ellis se dirigió a la mañana siguiente a la casa del doctor Mac Arthur, sabía ya unas cuantas cosas, V sospechaba otras. El caso era que se había formado un cuadro bastante completo de la situación.

Para demostrar que su visita era de momento en son de paz, no llevaba revólver, aunque sí había ocultado un puñal corto en la caña de su bota derecha.

Una mujer gorda y mofletuda, de media edad, le abrió la puerta.

—El doctor no visita aún. ¿Qué desea?

—Me gustaría hablar con él. Dígale que es urgente, por favor. Soy el agente federal Dan Ellis.

—Espere un momento, por favor.

Al cabo de unos instantes la mujer regresó, indicando a Ellis la puerta de una salita.

—Siéntese. El doctor está terminando de desayunar. Dice que le recibirá con mucho gusto dentro de unos minutos.

El joven sonrió, hizo un gesto afirmativo y tomó asiento.

No se fijó de un modo especial en el sillón que le habían asignado.

Tenía un cierto aspecto de sillón clínico, con asiento muy duro y con brazos de metal, pero ¿quién se sorprende de una cosa así en la casa de un médico?

De todos modos, un instante después Ellis iba a tener motivos para sentir sorpresa.

Apenas apoyó las manos en los brazos del sillón, dos silenciosos resortes se pusieron en movimiento. Fue todo tan rápido y eficaz que Ellis no pudo reaccionar. Los resortes consistían en dos lengüetas de metal que saltaron desde el lado externo del brazo hasta el lado interno a la altura exacta de las muñecas de Ellis, que quedaron así sujetas a los brazos del sillón y tan inmovilizadas como si se las hubieran esposado.

El joven intentó soltarse, pero no pudo.

Y se dio cuenta de algo peor.

El sillón estaba empotrado en el suelo, de modo que él se encontraba totalmente prisionero en el centro de la habitación.

La puerta se abrió entonces.

Un sonriente y burlón doctor Mac Arthur apareció en el umbral. Iba vestido de negro como la noche anterior, pero su expresión va no era triste, sino radiante. Miró a Ellis con una expresión de burla donde se mezclaban también el desdén y el odio.

—Ha cometido un error a! venir aquí —dijo—. Después de lo que averiguó anoche en el cementerio, debió intentar atraparme de otro modo, teniendo más cartas a su favor. Al venir aquí me ha dado a mí toda la baraja.

Ellis apretó los labios.

—No quería precipitarme hasta estar del todo seguro, pero ahora ya lo estoy —barbotó.

—Eso le servirá de poco, Ellis.

—Y a usted le va a servir de menos, Mac Arthur.

El diabólico médico rió silenciosamente.

—Yo en su lugar no gallearía, federal. Este sillón está hecho a prueba de forzudos. Lo tengo porque un médico del Oeste ha de atender todos los casos, y a veces me traen locos o epilépticos. Entonces quedan sujetos sin que se den cuenta y puedo tratarlos. Le garantizo que ninguno de ellos ha conseguido romper esas argollas.

Ellis se dio cuenta de que el otro tenía razón.

A pesar de su delgadez, las lengüetas de acero eran de una solidez a toda prueba.

El médico se acercó a él.

Acababa de sacar un cuchillo de ancha hoja.

Ellis adivinó de qué se trataba. No hacía falta ser demasiado listo para eso.

Iba a degollarle.

El intentó jugar los pies, que era lo único que tenía libre, pero Mac Arthur sabía muy bien cuál era su papel. Pasó a respetuosa distancia del sillón y se colocó a espaldas de Ellis, desde donde le iba a ser fácil degollarle sin que el otro pudiera hacer ningún gesto de defensa.

Ellis se dio cuenta de que estaba totalmente perdido.

Pero no por eso perdió la serenidad ni dejó de mostrarse desafiante. Con voz tranquila murmuró: '

—Antes de irme al otro barrio, me gustaría saber cuál es la condenada razón de todo esto, doctor.

—Pues... Ia misma condenada razón que tienen todos los crímenes organizados: un negocio.

—¿Qué negocio?

Mac Arthur rió silenciosamente.

—¿Cuál es una de las «mercancías» más apreciadas en según .qué sitios del Oeste y de América Centra!, Ellis?

—¿Mujeres?

—Exacto, usted lo ha dicho: mujeres. En las zonas mineras se pagan por ellas cantidades fabulosas. Muchas van allí voluntariamente, pensando en el dinero, pero bien pronto envejecen. Una organización que controle a varias docenas de chicas jóvenes y siempre pueda renovarlas, ha encontrado una verdadera mina. Mucho más importante que las que puedan hallar los destripaterrones que se dejan allí la piel.

—¿Y esas mujeres cómo las consigue? ¿Raptándolas?

—Empecé de ese modo, pero pronto me convencí de que era demasiado peligroso. A una mujer raptada la buscan hasta en el fin del mundo. En cambio nadie busca a una mujer que se ha ido voluntariamente, una mujer a !a que se ha «convencido».

—¿Convencido? ¿De qué modo?

—Tengo un equipo de seductores —explicó tranquilamente Mac Arthur—. Gente entrenada y bien elegida. Ellos se encargan de que una chica deje de oponer resistencia. ¿Y cuándo una chica deja de oponer resistencia, amigo mío? Cuando ha perdido lo que más vale en ella; cuando la han seducido ya una vez. Entonces, después de ser abandonada, ya todo le importa poco. Nosotros aprovechamos su desesperación y le hacemos promesas. Le garantizamos mucho dinero y la máxima discreción. Puedo asegurarle que Ia mayor parte ceden, desde las indias de quince años a ¡as blancas de veinticinco. Una vez fuera de su ambiente, lo demás es fácil: se convierten en verdaderas esclavas. Cuando están agotadas y ya no son «mercancía utilizable», las dejamos en libertad. Pero puedo asegurarle que ninguna vuelve. Muchas se han quitado la vida. Otras han querido volver para contar la verdad, pero las hemos eliminado.

Ellis dijo con voz ronca:

—Puerco asesino...

—De nada le sirve protestar, federal. De nada le sirve ya nada...

Ellis comprendió que era verdad.

Dijo lentamente, tratando de mostrarse tranquilo:

—¿Body era uno de esos seductores?

—Sí, claro que sí. Me di cuenta de que gustaba a las mujeres. Y eso era raro, porque a él le daban asco. Body, en el fondo, era afeminado. Pero precisamente por eso a las chicas les parecía inofensivo, y terminaban cayendo en sus redes. Sin embargo Body no era mi auxiliar más importante. Tengo otros.

—¿Y por qué Body ultrajó a una mujer? ¿Qué necesidad tuvo de eso?

—Ese es un sistema que se emplea a veces, cuando la chica se pone difícil. Una vez lo ha perdido todo, la amenazamos para que no vaya al sheriff. Por lo general está tan hundida que reacciona según nuestros deseos.

—El hecho de que Body fuera afeminado me hizo sospechar... —dijo Ellis como recapitulando sus pensamientos—. Sí, ése fue el primer detalle que me hizo darme cuenta de que allí algo «no marchaba». ¿Pero qué significa el medallón? ¿Qué importancia tiene?

Mac Arthur sonrió débilmente.

Pareció olvidarse por unos instantes de Ellis y fue hacia una mesa que había junto a una de las paredes, abriendo un cajón. De él extrajo un medallón de acero exactamente igual a los que Ellis había visto. Giró un poco la anilla de metal a la que iba unida la cadena, y el medallón se abrió. Ellis nunca lo hubiera sospechado. Dentro quedaba como un pequeño hueco, correspondiendo más o menos a los relieves de la cabeza de! puma.

—No olvide que soy médico —explicó Mac Arthur—. Cada uno de mis auxiliares recibe un medallón de esos cuando ya ha empezado a tener una cierta importancia dentro de la organización. ¿Que para qué sirve? Pues en primer lugar para identificarse a los ojos de los otros. Pero no es eso lo más importante. Como ve, aquí hay un hueco. En él pueden conservarse los polvos de un veneno muy activo que he preparado yo mismo, y que resulta casi indoloro. Mis auxiliares pueden utilizarlo en caso de apuro, para deshacerse de un, enemigo. También pueden emplearlo, en situaciones desesperadas, para quitarse la vida. No olvide, Ellis, que la mayor

parte de nuestras actividades estén castigadas con la pena de muerte.

—Como federal no puedo olvidarlo —barboto el joven.

—Pues aténgase a las consecuencias. Usted ha aplicado esa pena sin vacilar. Ahora las tornas se han invertido.

Y Mac Arthur volvió a situarse a espaldas de Dan Ellis.

El cuchillo casi acarició la garganta de éste.

Pero el federa! no pestañeó.

Dijo, en un desesperado esfuerzo para ganar tiempo:

—Y Nelly, la chica que estaba con Tunder, ¿también forma parte del clan? Ella llevaba el mismo medallón, pero de .oro.

—Claro que sí... Una chica como Nelly es indispensable en una organización de esta clase. Cuando hay que hablar con una mujer desesperada, ella tiene argumentos mucho más sólidos que los de un hombre. Nelly convence a cualquiera. Además nos sirve para tener a nuestro lado a los personajes más importantes de las ciudades. Y el granuja de Tunder era todo un cacique en Bakersfield...

Dan Ellis tragó saliva desesperadamente.

Ahora ya lo sabía todo, pero eso de poco iba a servirle. Estaba condenado a muerte, y la ejecución iba a realizarse ya. Mac Arthur le sujetó por los cabellos y le tensó el cuello para degollarle con más facilidad.

Todo iba a ser asquerosamente fácil...

—Todo fracasará. No podrá deshacerse de mi cadáver maldito perro —barbotó el federal, aun sabiendo que ahora ya de nada le servía ganar tiempo.

—Su cadáver le causará más molestias a usted que a mí —dijo burlonamente el médico—. Yo tengo recursos.

Y movió el cuchillo.

El movimiento fue tan rápido que Mac Arthur lanzó un alarido.

Los dientes de Ellis se le habían clavado hasta los huesos.

Intentó separar la mano, pero no pudo. Los dientes que se hundían en ella eran los de un tigre, no los de un hombre. Ellis tuvo que dominar su asco al sentir brotar la sangre, pero se aguantó. Si soltaba a Mac Arthur, estaba perdido.

El dolor hizo que éste sufriera un espasmo.

El arma cayó sobre las rodillas del federal, que dejó de morder. Sabía que Mac Arthur no era un hombre de acción, y que durante

unos segundos no serviría para nada, al sentirse dominado por aquel dolor intolerable. De modo que Ellis procuró controlar bien sus nervios, alzó las rodillas poco a poco, de manera que el cuchillo no resbalara, y se tragó materialmente el mango. Lo que sobresalía de su boca, sujeta firmemente por los dientes, era la hoja de acero.

El médico no se dio cuenta.

Intentó lanzarse hacia él para golpearle con la mano izquierda, pensando que Ellis seguiría sin poder defenderse. Pero tuvo una terrible sorpresa y una no menos terrible crispación de dolor cuando lo que golpeó fue el filo del cuchillo que sobresalía de la boca de Ellis. La herida no fue peligrosa, pero sí tan penetrante que Mac Arthur se encogió mientras chillaba de dolor frenéticamente.

Por unos momentos estuvo vencido.

Se sintió incapaz de luchar personalmente contra aquella especie de diablo.

Huyó por la puerta que estaba frente al sillón, mientras gritaba:

—¡Mátalo, tú! ¡Mátalo, Conrad!

Conrad entró como un caballo desbocado.

Debía ser el único secuaz que Mac Arthur tenía en la casa en aquel momento. Entró en la habitación de una forma tan repentina que no tuvo tiempo de medir sus movimientos, y mucho menos de frenar.

Ellis se había levantado todo lo posible, inclinando hacia adelante su cabeza.

Esa cabeza, rematada por el cuchillo, era como una punta de lanza.

Y Conrad fue a empotrarse en ella. Chocó con la cabeza de Ellis, tan sólida como una roca. El cuchillo que sobresalía de allí se le clavó en el pecho.

Conrad aulló mientras se dejaba caer hacia atrás, desclavándose la hoja de acero.

La herida era menos grave de lo que parecía, ya que Ellis no había podido elegir el sitio, limitándose a clavar la hoja «al bulto». Conrad, desde el suelo, intentó sacar el revólver.

Pero el federal tenía los pies libres.

Y su enemigo estaba cerca.

El doble puntapié proyectó a Conrad contra la pared, haciéndole soltar el revólver. Ellis tiró salvajemente, con todo el impulso de su

cuerpo. Las lengüetas de metal se hundieron en sus muñecas, pero él resistió el terrible dolor.

¡Chask!

Una de ellas había cedido.

Conrad, ciego de dolor, gateaba en busca de su revólver, logró hacerse con él.

Lo alzó para disparar, mientras Ellis se disponía a disparar de nuevo sus pies, ahora con más libertad de movimientos, con lo cual seguramente habría alcanzado a su enemigo.

Pero no hizo falta.

Sonó un disparo.

Y Conrad cayó hacia adelante, de bruces, mientras el «Colt» salía proyectado hacia el otro lado de la habitación. El federal abrió mucho los ojos, asombrado. La bala que acababa de atravesar la cabeza de Conrad había llegado desde la puerta.

Y en ella se recortó la figura de una mujer.

La deliciosa muchacha de! escote en forma de «V».

Pero sin la «V».

Ahora llevaba un vestido muy discreto. Tan discreto, tan discreto que lo tapaba todo. Era un vestido de enfermera.

Sin embargo a Ellis nunca le había parecido tan bonita.

Tan endiabladamente hermosa…

CAPITULO IX
PERSECUCION

En aquel momento Dan Ellis ya se había librado de la otra argolla. Tenía por Io tanto las manos libres, aunque a costa de tenerlas impregnadas de sangre debido a. las heridas que se había causado. También acababa de escupir el cuchillo, cuyo mango tenía entre los dientes. Le dominaba una violenta náusea.

Ella dejó caer el revólver.

Parecía no tener fuerzas pará sostenerlo.

—Lo siento —barbotó—. No lo imaginaba.

Ellis apenas pudo balbucir:

—¿Qué haces aquí?

—Soy la enfermera del doctor Mac Arthur. Acabo de entrar de servicio hace unos minutos, y de pronto he oído todo ese estrépito. También he visto huir al médico como si se lo llevara el diablo.

Ellis balbució:

—Nuestro primer encuentro no fue muy agradable, pero., pero creo que te debo la vida.

—¿Qué ha sucedido?

—Es largo de explicar. Te lo contaré con un poco más-de calma en cuanto me haya lavado. Debe haber algo de agua por aquí, tratándose de un consultorio médico.

—Naturalmente.

Ella abrió una puerta, tras la cual se veía el consultorio propiamente dicho: dos sillas, una elegante mesa, una camilla de exploraciones y una vitrina con instrumentos y medicinas. También había un gran lavabo con una bomba de agua.

Ella la hizo funcionar.

El chorro de líquido fresco alivió increíblemente a Ellis. Sobre todo le libró de aquella angustiosa sensación de tener la boca llena de sangre.

Al fin, mientras se secaba, murmuró:

—Ha sido increíble.

—¿Por qué no me lo cuentas y sabré si es increíble o no?

—Creerás que estoy loco.

—Tal vez, pero no podré decidirlo hasta que sepa qué es lo que tienes clavado entre ceja y ceja.

Ellis terminó de secarse y murmuró:

—Te lo contaré.

Con la mayor calma y concisión de que fue capaz le habló de todo’ lo ocurrido desde el momento en que supo que tenía que intervenir porque un indio payute había ultrajado a una mujer blanca. Le habló de sus sospechas y de cómo esas sospechas le habían llevado hasta la casa del doctor Mac Arthur. También le habló del sistema de muerte que éste había ideado para él, y que la muchacha ya conocía.

Ella le había escuchado en silencio.

No le interrumpía, pero su rostro iba palideciendo cada vez más.

Varias veces movió la cabeza negativamente, como si no le creyera, pero al fin bajó la cabeza y susurró:

—Lo que menos podía imaginar cuando he entrado aquí a trabajar esta mañana, como todos los días, era que iba a salvar la vida a alguien.

—En efecto, de no ser por ti, habría muerto.

Hubo un momento de silencio entre los dos, mientras ella se mordía los labios incrédula.

—Lo que acabas de contar es..., ¡es tan asombroso! —musitó.

—¿No me crees?

—Con franqueza, te diré que sí. No sólo por lo que he visto, sino por algunos detalles que había notado ya. El doctor Mac Arthur tenía muy pocos clientes, y en cambio manejaba grandes cantidades de dinero. Nunca supe de dónde lo sacaba. También le veía reunirse de vez en cuando con tipos muy extraños, con hombres que ahora comprendo lo que eran: algo así como seductores profesionales. Por otra parte, de vez en cuando recibía cartas y telegramas que tenía un cuidado especial en que no leyera nadie. Todos esos detalles cobran ahora una importancia especial a la luz de lo que me has contado. Resulta terrible pensar eso, pero ahora me doy cuenta de que Mac Arthur es una especie de monstruo.

—¿Cómo se comportaba contigo?

—He de reconocer que siempre se comportó muy bien. No creo que tuviese la menor idea de utilizarme a mí como utilizaba a las otras. Al contrario, muchas veces me hablaba de su hija; yo creo que

hasta sentía por mí una especie de afecto paternal.

—Quizá eso lo hacía con otras. Nadie puede fiarse de un hombre como Mac Arthur.

—Quizás en eso te equivocas. Hasta los peores asesinos tienen su lado humano, y Mac Arthur había adorado a su hija. Cuando ella murió, se sintió desesperado. Cada noche iba a visitar su tumba.

—Lo sé. Pero hubiera podido tener un poco menos de delicadezas con su hija y un poco más de decencia con todas las mujeres a las que perdió para siempre. .

Ella caminó pensativamente de un lado a otro de la pieza, con las manos unidas, como si rezase.

—Es espantoso... —musitó—. Sí, es tan espantoso que no puedo creerlo. ¿Pero qué piensas hacer ahora?

—Perseguir a Mac Arthur.

—Puede tener un buen escondite.

—Lo encontraré de todos modos. Y Ia mujer de media edad que me abrió la puerta debe ser su cómplice. Me dará una pista.

—No creo que ella sepa nada. Además Mac Arthur la ha debido enviar fuera para que no viese lo que ocurría. Al menos no estaba aquí cuando he venido. He tenido que entrar con mi llave porque nadie me abría.

El joven asintió pensativamente.

—Avisaré al sheriff para que venga a retirar el cadáver de aquí —dijo—. En cuanto a ti, será mejor que te vayas. Si vives en la ciudad, vuelve a tu casa. Y, si no, vete de Tulare y trata de olvidar esta pesadilla.

La chica asintió.

Pasó junto a él.

Un intenso perfume se desprendía de su piel.

Era la misma piel la que lo despedía. Era el perfume de su juventud y de su soberana hermosura.

Dan Ellis hubiera deseado mil veces no pensar aquello.

Pero lo pensó.

Ella pareció adivinarlo cuando se volvió y al mirarle brillaron sus ojos grises, mientras palpitaban sus labios intensamente rojos.

El federal musitó:

—Aún no sé ni tu nombre...

—Mónica.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—¿Y ese perro de Mac Arthur nunca...?

—No, nunca me hizo Ia menor insinuación. Aún no sé lo que es el beso de un hombre.

Ellis se estremeció.

Fue muy en contra de su voluntad.

Y también quizás en contra de su voluntad susurró:

—Yo tampoco sé lo que es el beso de una mujer... como tú.

—En ese caso creo que los dos estamos en falta —susurró Mónica.

—Tal vez.

—Una falta que puede remediarse...

—Tal vez.

—Remediarse... fácilmente.

—Tal vez —repitió Ellis sintiendo que sus labios temblaban también, sintiendo que le hacía daño la sangre en las venas y que sus manos no podían controlarse.

—Muy fácilmente...

—Mucho.

—¿Así?

—Así...

Cuando sus labios se unieron fue como una descarga eléctrica. Estuvieron así no supieron cuánto tiempo. Ninguno de los dos pensaba en separarse. Al fin lo hicieron porque les faltaba la respiración.

Dan Ellis ya no se acordaba de nada.

No.se acordaba ni del diabólico doctor Mac Arthur...

* * *

El disparo del rifle resonó en la llanura como el ladrido de un perro rabioso. La bala restalló junto a la cabeza de Dan Ellis, sacando esquirlas en la roca, y el joven se vio obligado a saltar porque comprendió que estaba descubierto.

Dio dos vueltas sobre sí mismo, mientras sujetaba el revólver con las dos manos.

¡Baaaaaaang!

El disparo del rifle fue esta vez más largo y prolongado.

Era un solo tirador el que trataba de enviarle al diablo.

Ellis pensó: «Menos mal que he visto antes su silueta y me he lanzado del caballo, porque de lo contrario me asa»…

La nueva bala había ido algo lejos.

Ellis no podía responder al fuego porque su revólver no tenía tanto alcance, y aunque él llevaba un rifle en la silla del caballo, ahora ya no podía sacarlo. Perú fue gateando poco a poco entre las rocas hasta lograr una aceptable posición de tiro.

Dos veces fue descubierto.

Y dos veces el rifle solitario le envió un mensaje de muerte, aunque las balas terminaron haciéndose esquirlas entre las rocas. Dan Ellis sudaba copiosamente, bajo el sol Cegador de la mañana, y a pesar del calor su sudor era gélido. Porque sabía lo cerca que estaba de que una de aquellas balas le enviara al infierno para siempre.

Al fin vio mejor a la silueta.

Estaba a su derecha, apostada entre dos rocas.

Ellis se deslizó suavemente entre dos matorrales, apuntó cuidadosamente hacia el rifle, que era lo único que veía bien, y disparó. Sabía que era un blanco difícil, pero lo acertó de lleno.

La bala dio en el centro del cañón del rifle, que se partió en dos.

Entonces Ellis subió hacia lo alto de la loma a toda velocidad. Saltaba entre las rocas como un gamo. Y al llegar a la que servía de protección a su enemigo, brincó para caer sobre él antes de que pudiera empuñar una nueva arma.

Lo consiguió.

Los dos rodaron estrechamente abrazados.

Y Ellis fue a preparar uno de sus mortíferos golpes en el cuello, pero de pronto se detuvo en seco. ¿Qué clase de enemigo era aquél? ¿De dónde había sacado aquellas caderas tan redondas? ¿Y aquellos senos tan… tan…? ¿Y aquellos labios?

De pronto farfulló;

—Sheila…

Porque, en efecto, era la muchacha india, la hermana de Body.

Nunca imaginó que fuera a encontrarse de nuevo con ella, y más en aquellas circunstancias. Pero la chica sí que lo imaginaba puesto que le había tendido aquella trampa. Furiosamente trató de

morderle para deshacerse de él y poder atacar de nuevo.

Dan Ellis se vio obligado a defenderse.

Muy «a pesar suyo».

Hay maneras de hacer que se esté quieta una mujer.

Uno puede amenazarla.

Pegarle.

Be… besarla.

Eso fue lo que hizo Dan Ellis.

No habían pasado aún veinticuatro horas desde que besó a Mónica, y no hubiera sido capaz de decir cuál de las dos chicas era más estupenda.

Por si acaso, hizo todo lo posible por comprobarlo.

La verdad fue que «se sacrificó», tratando de averiguar cuál de ellas resultaba más sugestiva.

Los dos se separaron también porque habían quedado sin respiración. Pero Sheila, la muchacha india, dijo roncamente ya que apenas pudo hablar:

—¡Canalla!…

—Me gustaría saber cuál de los dos lo es más. Tú has hecho lo posible para matarme.

—Es que mereces la muerte…

—Creo que es la segunda vez que intentas quitarme de en medio. ¿Por qué? ¿No te bastan las explicaciones que te di acerca de tu hermano, Body? ¿Crees que yo disfruto con toda esta macabra combinación? ¿No te has dado cuenta de que en cierto modo estoy peor que tú?

Ella exigió rencorosamente:

—¡Déjame!…

Ellis la soltó.

Sheila barbotó a cierta distancia, con los ojos brillantes de odio:

—La primera vez que nos encontramos casi me convenciste, pero luego he estado pensando, pensando… ¡Me he vuelto loca de tanto pensar! Me he dicho a mí misma que vas a seguir matando a otros hombres como Body, y me he jurado que eso no sucedería más. ¡No volverás a matar, maldito! ¡No volverás a arrastrar a nadie!…

Intentó abofetearle.

Ellis le sujetó las manos con fuerza, con terrible fuerza. Sus ojos grises y duros se clavaron en los ojos de la mujer, hasta que ella se

sintió dominada primero y acobardada más tarde.

Sheila hundió al fin la cabeza.

Musitó con un soplo de voz:

—Quizá he sido la mujer más estúpida del mundo. Quizás esto tenía fatalmente que suceder. Perdona.

Ellis, murmuró:

—Vuelve junto a los tuyos y olvídate de todo esto.

—Los míos —dijo ella amargamente—. Los míos... Tiene gracia. Son ellos los que me han echado de la tribu. Ya no me consideran una de los suyos. Dicen que soy una renegada, dicen que ya no soy una payute.

Ellis entrecerró los ojos y comprendió entonces mejor el nerviosismo y la desesperación de la mujer. La estaban acosando como si fuera una perra rabiosa...

Pero no tuvo tiempo de pensar demasiado en eso.

No tuvo tiempo de nada, excepto de saltar como un puma.

Porque aquello parecía haberse convertido de pronto en una sucursal del infierno...

CAPITULO X
¡VUELA, MUCHACHO!

Cuando Dan Ellis inició aquel frenético movimiento, sabía que no tenía más que una posibilidad de seguir vivo: ser más rápido que aquel siniestro «paquete».

En su camino, mientras volaba, volvió a abrazar a la muchacha, y los dos rodaron por el suelo. Quedaron apretados en una hondonada justo en el instante en que el «paquete» caía a tierra.

No estalló en seguida porque la mecha no había llegado a su fin. Pero" fue cuestión de segundos. Inmediatamente se produjo una terrible explosión que hizo temblar el suelo.

Ellis mantenía estrechamente abrazada a la mujer, que hasta el momento de la explosión no entendió lo sucedido.

Esquirlas de roca y de metralla pasaron por encima de sus cabezas. El federal se dio cuenta de que no todos los cartuchos que formaban el «paquete» eran de dinamita. Al menos un par de ellos estaban llenos de pedazos de hierro que habían hecho el mismo efecto que una granada de artillería.

Por fortuna para él y para la muchacha, Dan Ellis se había movido a tiempo.

Miró para arriba y vio la silueta.

Vestía de negro.

Mac Arthur se encontraba en una posición dominante y podía lanzarles otra carga. Precisamente al joven le pareció que en aquel momento prendía fuego a una nueva mecha.

Susurró:

—Hemos de largarnos de aquí. ¿Te atreves a rodar montaña abajo?

—Si no hay otro remedio...

—Una de dos, muñeca: o ruedas o vuelas.

—Ruedo.

No hablaron más ni perdieron un segundo.

Los dos se lanzaron montaña abajo, rodando como piedras caídas en un desprendimiento. Ellis tuvo la sensación de que iban a saltarle todos los huesos. La muchacha, pese a ser una payute acostumbrada

a todo, también lanzó gritos de dolor.

La segunda carga voló a su encuentro.

Mac Arthur las lanzaba endiabladamente bien, porque el «paquete» estalló muy cerca de donde estaban ellos. La terrible explosión sacudió sus cuerpos. Otra vez la metralla pasó por encima de sus cabezas, pero tan cerca que una de las esquirlas por poco «afeita» a Ellis.

Este gritó:

—¡De buena nos hemos librado!...

Eso creía él.

De pronto vio aquel objeto que rodaba colina abajo. Era otra carga con la mecha ya encendida. Y no debía haberla lanzado Mac Arthur, sino alguien que estaba junto a él. Eso indicaba que se trataba al menos de dos enemigos.

La carga rodaba hacia abajo a más velocidad que ellos.

Les alcanzaría.

¡Les alcanzaría justo cuando se consumiera la mecha!

A Dan Ellis se le había secado no sólo la boca. Se le había secado hasta la médula de los huesos. Miró como hipnotizado aquel pequeño paquete que rodaba hacia ellos y de donde les llegaba la muerte.

Una muerte que les convertiría en pedazos.

Un segundo, dos... ¡Tres!

¡La carga ya estaba allí!

Ellis se lo jugó el todo por el todo y saltó como un gato hacia ella. Si la mecha se consumía en aquel momento, no quedarían de él ni los restos. Bueno, era igual. Pero le quedaba una oportunidad, una remota oportunidad, y estaba dispuesto a jugarla.

Dio un empujón a los cariuchos.

La mecha se consumía en aquel momento.

Ellis hundió la cabeza entre los brazos, pensando que ya estaba listo. Pero el impulso que había dado a la carga era lo bastante fuerte para enviarla a diez yardas más allá. Además los cartuchos cayeron en una pequeña hondonada, lo que anuló en gran parte los efectos de la metralla. De todos modos Ellis sintió una violenta contracción en un brazo y se estremeció de dolor,

Pero no perdió un segundo.

Podían lanzarles otra carga, aunque también era posible que Mac

Arthur, hubiera agotado su provisión de ellas.

Así debía ser, porque ahora les hostigaban con rifles.

Ellis siguió rodando.

Las balas crepitaron en todas direcciones.

La muchacha se había parapetado tras una roca en tanto gritaba angustiosamente:

—¡ Aquí!...

Ellis dio un último y espectacular salto.

Parecieron estallar todos sus huesos.

Pero se situó detrás de la roca en el instante en que un aluvión de plomo se abatía sobre ella. Caso de ser un poco más lento, al menos dos balas le hubieran alcanzado de lleno.

El federal se apoyó en la roca.

Miró su brazo izquierdo, por el que corría la sangre.

Sheila musitó;

—Te ha alcanzado la metralla...

—Sólo en un brazo. Y no es grave.

—Yo creí que ibas a saltar en pedazos cuando te has lanzado encima de los cartuchos.

—Con franqueza, yo también.

—Espera: te haré un torniquete.

Ella rompió una punta de su vestido y la combinó hábilmente. Poco después la sangre de la herida de Ellis, había dejado de manar. Pero el peligro no había terminado, sino al contrario. Los dos rifles seguían machacando pesadamente la roca y les inmovilizaban allí.

El federal alzó un poco la mano derecha, indicando a Sheila que se mantuviera en silencio.

Escuchaba atentamente, con todos los nervios en tensión.

Antes no había podido escuchar bien el estampido de los rifles, pero estaba seguro de que eran los mismos que ladraban machaconamente ahora. Sheila, susurró:

—Nos están inmovilizando...

—Sí, pero saben que no pueden alcanzarnos mientras estemos aquí. Y me extraña que gasten sus balas tan alegremente.

—¿Qué quieres decir?

—Son dos hombres los que disparan, pero pueden haber .más. Y esos «más» estarán ahora viniendo hacia aquí, para acribillarnos desde los flancos.

—¿Crees qué,..?

—Sí. Vendrán por los lados.

Entregó su revólver a Ia muchacha.

—¿Qué tal lo manejas?

—No lo hago mal. ¿Pero y tú?... ¿Con qué te defenderás?...

El extrajo el cuchillo de la caña de su bota.

—Tengo bastante con ese «amigo». Espera.

Los dos vigilaron uno por cada lado, mientras los rifles seguían crepitando tenazmente.

De pronto la muchacha lanzó una especie de gemido.

—¡Dispara! —aulló el federal.

Sheila estuvo a punto de perder unas décimas de segundo preciosas, las décimas de segundo que pudieron haberle costado la vida. Por fortuna para ella, el tipo que atacaba por aquel lado también quedó paralizado por la sorpresa al ver que le esperaban. Giró su revólver demasiado tarde. Sheila disparó.

El pistolero se encogió, alcanzado en el estómago, mientras aún intentaba poner su «Colt» en línea de tiro. Sheila le envió otra bala, ahora a Ia cabeza.

Mientras tanto, por el lado de Ellis también se producía el ataque.

Dos hombres.

¡Y Ellis sólo tenía un cuchillo!

Lo lanzó mientras se arrojaba a tierra.

La bala le rozó la columna vertebral.

Se oyó un alarido.

El pistolero había recibido la hoja de acero justo en e! centro del corazón. Se estremeció mientras su compañero disparaba otra vez, aunque no veía bien a Ellis.

Este no permaneció ni un segundo en el suelo.

Apenas lo había tocado, cuando saltó de nuevo. Abrazó a su enemigo y los dos rodaron ladera abajo.

El revólver rodó también.

Sosteniéndose uno en el otro, lograron ponerse en pie cuando estaban materialmente al borde de un abismo de más de ochenta yardas. Los dos trataron de empujarse. Ellis se tambaleó.

Recibió un gancho en la mandíbula.

Y giró al borde mismo del precipicio mientras el vacío,

fantasmalmente, subía y bajaba…

Su enemigo lanzó un grito de triunfo.

Fue a empujar otra vez. Aquel empujón sería decisivo.

Y de pronto su cabeza pareció estallar.

No sabía de dónde le había venido el gancho de Ellis, pero el impacto, había sido alucinante.

Alzó un poco las manos, mientras se tambaleaba.

Un corto al estómago.

Rugió.

¡Y otro gancho a la mandíbula, un gancho que pareció separarle la cabeza de los hombros!

El pistolero giró hacia el abismo, con los brazos al aire.

Y lanzó al caer un alarido que pareció repercutir, repetirse cien veces en la soledad alucinante de las montañas.

Porque ahora ya no había nadie más en ellas, excepto el federal y Sheila. Mac Arthur y su compinche, si es que sólo le quedaba uno, habían huido.

El joven remontó poco a poco la ladera, hasta llegar a la roca en que aún estaba parapetada Sheila.

Ella respiraba profunda y agitadamente:

—Creí que ibas a viajar hasta el abismo, Ellis —murmuró—. Y lo peor era que no me atrevía a disparar porque tenía miedo de alcanzarte a ti en lugar de alcanzar al otro.

—Aún no sé cómo he salvado la piel, muñeca. Pero las cosas no han marchado bien del todo, desde el momento en que Mac Arthur se nos ha escapado.

—¿Adonde crees que ha podido ir?

—No lo sé. Un fugitivo como él puede largarse a cualquier parte. Esa clase de tipos dan sorpresas.

—No siempre hacen lo que sería lógico, ¿verdad?

—Exactamente.

—Lo lógico sería que tratara de llegar a México —murmuró Sheila—. Si se dedicaba al «negocio» que tú dices, allí debe tener dinero en los Bancos y gente dispuesta a ayudarle.

—Sí, eso sería lo lógico —murmuró pensativamente Ellis—, y por lo tanto es lo que no hará.

—¿Tú crees?…

—Él sabe que puedo telegrafiar a los federales de la zona para

que le corten el camino. Mac Arthur es bastante conocido y no puede camuflarse. Y, aunque aún es joven, tampoco puede resistir las cabalgadas infernales que resiste un pistolero profesional. Desde aquí hasta México tardaría al menos cinco días. Y si trata de pasar por la zona habitada y llegar a San Diego \ Tijuana, será fácil controlarle. En cambio, si atraviesa el desierto de Borrego y trata de cruzar la frontera por Jacumba, se expone a reventar de cansancio y de sed. No, no lo hará.

—Entonces, ¿adónde crees que puede dirigirse?

—Con franqueza, no lo sé, pero seguiré sus huellas.

Ascendieron los dos hasta la roca en que habían estado parapetados Mac Arthur y sus secuaces.

Se veían por allí una cantidad enorme de cartuchos ya disparados, así como huellas del acampamiento de al menos cuatro hombres que habían estado acechando allí toda la noche anterior. Quizá si la muchacha no llega a disparar sobre Ellis, poniéndole sobre aviso, los demás apostados le hubieran acribillado fácilmente.

—¿Tienes caballo, Sheila?

—Sí, pero lo he ocultado lejos.

—Es natural; ve a buscarlo.

Mientras la muchacha desaparecía, Ellis llamó a su montura con una serie de silbidos. El potro se había mantenido a prudente distancia, mientras su dueño «se las arreglaba» con sus enemigos. Lo cual demostraba sin lugar a dudas que los caballos son mucho menos bestias que los hombres.

Cuando Sheila y él estuvieron juntos de nuevo, Ellis, susurró:

—Ahora lo más aconsejable es que te separes de mi, muñeca.

—¿Por qué?

—Correrías peligro a mi lado. Voy a tener un trabajo demasiado violento.

—Yo no tengo miedo, Ellis. Y te lo he demostrado.

—De todos modos debes irte.

Ella bajó la cabeza.

Sus dedos temblaron un momento junto a las riendas.

—Adiós, Ellis.

—Adiós, Sheila.

Los ojos de la muchacha estaban húmedos.

Los de Ellis no tenían expresión. Estaban fríos como dos pedazos

de cristal. No había en ellos luz, no había alma.

Sheila giró el caballo lentamente, con la barbilla hundida sobre el pecho.

Iba a alejarse quizá para siempre.

Y entonces se oyó la voz de Ellis.

—Sheila...

Ella se volvió.

Se encontró con los ojos helados de Ellis.

—No tienes a donde ir, ¿verdad? —preguntó el federal.

—No. Los payutes me han expulsado. Ahora no tengo adonde ir.

Ellis se encogió de hombros.

—Entonces ven conmigo —dijo sencillamente.

Y en sus ojos pareció brillar como una chispita de humanidad.

Pero ella no llegó a notarlo.

CAPITULO XI
LA MUERTE LLEGA EN SILENCIO

Las huellas estaban relativamente bien marcadas en las montañas peladas y la llanura polvorienta. Para una payute y para un federal, seguirlas resultaba un verdadero juego de niños.

Se dieron cuenta de que eran dos hombres los que huían, los dos más o menos del mismo peso.

Durante todo lo que quedaba de aquel día siguieron las huellas. Los fugitivos debían llevarles apenas media hora de ventaja. De no ser por las anfractuosidades de' terreno, que resultaba un verdadero laberinto, incluso les hubieran echado el ojo encima.

Al cerrar la noche, Ellis, murmuró:

—Seguiremos la persecución aunque no veamos las huellas. Quizá se detengan a descansar, y en este caso caeremos encima de ellos. Creo que es una buena oportunidad.

—¿Piensas que encenderán alguna hoguera?

—No serán tan estúpidos como para eso, porque deben suponer que les seguimos. Pero a mí me basta con que enciendan un fósforo.

—De acuerdo; seguiremos.

Ahora Ellis llevaba su revólver, y la muchacha usaba el cinto canana y el «Colt» de uno de los muertos.

—Prepara tus armas, Sheila.

También la chica se había enfundado un cuchillo.

Ahora se daba cuenta de qué clase de tipo era Mac Arthur. Ahora se daba cuenta de que en cierto modo él era e! culpable de la aniquilación, moral y física de Body.

Para mayor precaución, dejaron los caballos y siguieron a pie. Pero después de dos horas de búsqueda infructuosa, llegaron a la conclusión de que sus enemigos no habían descansado. Debían estar reventados, pero seguían su camino. Y ahora ya no debían llevarles media hora, sino quizá un par de horas de ventaja.

Dan Ellis se mordió el labio inferior.

—Creo que mi intuición me ha engañado esta vez —dijo—. No habrá más remedio que seguir.

—No te preocupes; seguiremos.

—Pero lo haremos mañana para estar un poco más frescos que ellos. Procuremos descansar y luego, volveremos a buscar las huellas. De todos modos nada de encender ni un fósforo, muñeca. No podemos tomarnos ni una taza de café.

Ella se resignó. Bajó del caballo y se envolvió en la manta que llevaba plegada a un lado de la silla.

Los ojos del federal brillaron un momento entre las tinieblas, mientras pensaba:

«¡Diablos, qué bonita es!»

Sus pensamientos seguían volando.

«¡Diablos, qué estupenda está!»

Hasta que una voz le dijo en su interior:

«¡Diablos, qué burro eres!»

Se cubrió con Ia manta también y se volvió de espaldas.

Un momento después había dejado de pensar en Sheila, lo cual, según se mire, era una verdadera lástima.

* * *

A la mañana siguiente sí que se desayunaron un poco de café y unas tortas de' maíz que preparó Sheila con auténtica maestría india, y que consumieron en un momento. No era probable que Mac Arthur y su compañero vieran el humo porque ya estarían demasiado lejos.

Luego se dedicaron a buscar las huellas.

Estaban bastante cerca del lugar de su acampada. Quince minutos después las perdieron en un riachuelo, pero volvieron a encontrarlas. Ellis estaba más pensativo cada vez.

—¿Qué crees tú de todo esto? —murmuró la muchacha.

—Lo que imaginaba: no van a México.

—¿Entonces, adonde van?

—Vuelven a Tulare.

—Eso mismo pensaba yo, pero no me atrevía ni a decirlo porque me parecía absurdo.

—Vuelven a Tulare. —susurró el joven—, porque deben pensar que as! nos despistarán. Mac Arthur debe confiar en sacarnos un día entero de ventaja; si lo consigue estará salvado. Pero nosotros no vamos a caer en la trampa. Iremos también a Tulare.

La muchacha, susurró:

—Buena idea. Mientras Mac Arthur no haya contratado nuevos pistoleros y nos esté esperando allí con un regimiento...

* * *

Mac Arthur no debía haber tenido tiempo de contratar pistoleros, porque en las calles de Tulare se registraba una completa normalidad. Mientras avanzaban por el centro de la calle principal, vigilando los porches, la gente miraba con curiosidad a aquella pareja —en verdad sorprendente— que formaban la india y el federal. Si es que a Sheila se la podía llamar india...

Mientras avanzaban lentamente, vigilándolo todo, Sheila musitó:

—Voy a pedirte un gran favor, Ellis. El favor más importante que he pedido en mi vida.

—¿Qué puedo hacer yo por ti? No soy más que un pistolero...

—Puedes hacer algo muy sencillo y al mismo tiempo muy grande, Ellis: no me eches nunca de tu lado. Seré tu esclava, seré ¡o que tú quieras. Pero no me eches...

Dan Ellis sintió que sus ojos se humedecían un momento, sólo un momento..

Pero no lo demostró.

Miró hacia otro lado, mientras susurraba:

—Nunca me separaré de ti, Sheila.

Y en aquel mismo instante demostró que no se puede hacer caso de las promesas de los hombres.

Porque se separó.

¡Vaya si se separó!

¡Y a causa de otra mujer!

Ellis saltó del caballo y corrió hacia uno de los porches mientras murmuraba:

—Nelly...

Porque, en efecto, era Nelly la muchacha a la que acababa de ver allí, disponiéndose a entrar en una de las casas, Nelly era la auxiliar de Mac Arthur. Era la misma que había encontrado, muy ligerita de ropa, la noche en que mató a Tunder. Sin duda ella sabía dónde se había ocultado su jefe.

La chica había desaparecido tras una puerta. Ellis trató de abrirla

y vio que la llave estaba echada por dentro. Se lanzó hacia atrás, la embistió un par de veces v la envió al diablo.

Pero cuando la puerta se hundía, el federal se dio cuenta, de que, desgraciadamente, había llegado demasiado tarde.

Nelly conservaba aún el medallón de oro.

El joven susurró:

—¡Dios santo!

Tenía el medallón abierto y acababa de tragar su contenido. Ya era tarde para salvarla, ya era tarde para Lodo. Ellis le abrió la boca frenéticamente, pero vio que la chica había deglutido todos los polvos que se ocultaban en el interior del medallón.

Ellis, repitió:

—Dios santo...

Sentía una pena profunda, casi insondable.

El no había querido aquello.

Nelly no volvería a ser la hembra hermosa, la hembra tentadora que siempre fue.

Y, no sabía por qué, pero se sentía culpable.

Alguien más estaba en el umbral de la puerta. Eran dos hombres.

Ellis los miró con ojos vidriosos.

—¿Qué ha pasado con esta mujer? —murmuró uno de ellos.

—Se ha envenenado.

—¿Seguro?...

—Desgraciadamente sí. Y lo peor es que lo ha hecho inútilmente. Yo no iba a acusarla de nada. Era su jefe el que me interesaba, no ella. Desgraciadamente va no puedo evitarlo...

Uno de los hombres, susurró:

—La chica había alquilado esta casa ayer mismo. Lástima de verdad. Tan hermosa... tan...

El otro, murmuró;

—No te entusiasmes porque ya está muerta. Anda, ayúdame a llevarla al dormitorio.

Entre los tres la depositaron sobre la cama, dejándola muy rígida y con las manos plegadas sobre el regazo. Era posible que un médico aún pudiera salvarla. Por lo menos Nelly tenía pulso, aunque débil. Pero había de ser un médico listo y que además llegara en seguida.

Ellis cerró la puerta, dejando a la chica, sola, mientras murmuraba:

—¿No hay más que un médico en Tulare?
—Sí. El doctor Mac Arthur.
Ellis cerró los ojos con pesadumbre, mientras murmuraba:
—¡Pues sí que estamos apañados! ¡Cualquiera le llama!...

CAPITULO XII
EL ÚLTIMO RASTRO

Nadie parecía haber visto al doctor Mac Arthur en Tulare, por lo tanto el federal se guió de su intuición confiando en que ésta no le engañaría por segunda vez.

Al parecer Mac Arthur tenía un punto débil, un único punto débil, y era el amor que un día sintió por su hija. Era muy posible que antes de perderse —quizá para siempre— en la inmensidad de los Estados Unidos, hubiera querido ir a despedirse de aquella tumba. Eso podía justificar su de otro modo absurdo viaje a Tulare.

De modo que Ellis lomó una rápida decisión.

Iría al cementerio.

Tal vez aún podría encontrar allí a Mac Arthur.

Pidió a Sheila que le esperase en la ciudad, cosa que ella le prometió con un beso en los labios, y se dirigió hacia el lugar dónde había estado unas noches antes. Ahora el lugar no tenía nada de fantasmal, sino al contrario: parecía tranquilo y risueño.

Tranquilo y risueño... hasta que sonaron los primeros estampidos.

Ellis se dio cuenta de que aquello podía ser una trampa.

Mac Arthur había pensado como él. Había pensado que el federal vendría a buscarle al cementerio.

¡Y le esperaba!

El joven se dejó medio caer del caballo y se pegó totalmente a la panza del animal, mientras éste seguía galopando. Por entre las piernas del corcel, en acrobática postura, el federal disparó a su vez.

No alcanzó a nadie, porque sus dos enemigos estaban protegidos detrás de las lápidas, pero al menos llegó él también a un sitio cubierto. Saltó del caballo al alcanzar las primeras fosas.

El animal siguió su galope, alejándose.

Las balas restallaban entre las lápidas.

A Ellis le estaban disparando con rifles pesados. Cada bala se llevaba un pedazo de mármol o de piedra y Io convertía en una especie de peligrosa metralla.

Bastaría con, que algunas esquirlas alcanzasen a Ellis para

inutilizarle del lodo. Apenas podía mover el brazo izquierdo, del que ya se había quitado el torniquete. Si ahora le herían en el costado derecho, estaba listo.

Pero aguantó.

Empezó a reptar por entre las fosas como una serpiente.

Le pareció ver correr a Mac Arthur.

Este se dirigía hacia Ia tumba de su hija.

Por unos instantes Ellis se sintió., ¿cómo explicarlo?… Por unos instantes Ellis se sintió conmovido. Lo único que parecía unir a aquel hombre al mundo era el recuerdo de su hija muerta. Cuando más peligro corría, cuando podían descerrajarle una bala, Mac Arthur iba hacia allí.

Lo cierto fue que Ellis pudo matarlo.

Durante unos segundos lo tuvo delante del punto de mira de su «Colt».

Pero no disparó.

—¡Mac Arthur! —mascullό—. ¡Ríndete, maldito seas! ¡No tienes salida!

La única respuesta fue un disparo.

Ellis cerró inmediatamente los ojos. Tuvo suerte, ya que de Io contrario las esquirlas levantadas por las balas al estallar en la lápida le hubiera dejado ciego.

Mientras tanto el secuaz de Mac Arthur trataba de rodearle.

Brincaba como un gamo entre las lápidas, las cruces y las figuras funerarias de aquel lado del cementerio. Mientras tanto disparaba con su rifle, barriendo el terreno delante suyo. En los instantes en que Ellis m. había ocupado de Mac Arthur, el compinche de éste se había situado de tal modo que ya tenía al federal en su línea de tiro.

Ellis giró en el aire, dibujando una especie de tirabuzón trágico.

La bala pasó a media pulgada por debajo de su cuerpo.

Sonó el chasquido de la palanca.

Otra bala se llevó por delante una cruz, partiéndola por su base. El joven estaba materialmente pegado a la tierra de una de las tosas, sin poder moverse. Mientras tanto Mac Arthur se situaba ágilmente para batirle por la espalda.

Otra vez el chasquido de la palanca.

El cuerpo de Ellis saltó al aire como si lo hubiera impulsado una catapulta.

Su enemigo acababa de recargar el rifle, pero aún lardaría unos segundos en ponerlo en línea de tiro y apretar el gatillo. Esos segundos fueron los que el federal aprovechó frenéticamente.

Disparó dos veces, con alucinante rapidez.

Su enemigo se estremeció, alcanzado en el pecho y en la mandíbula. Soltó el rifle y cayó hacia atrás mientras Dan Ellis flexionaba Ia cintura v disparaba otra vez, pero ahora por debajo de su codo izquierdo.

Sabía dónde estaba Mac Arthur.

El médico consiguió también apretar el gatillo, pero en el instante en que le alcanzaba la bala. Su puntería falló. Giró un poco el cuerpo y rechinó los dientes en un terrible esfuerzo por apretar el gatillo de nuevo. La segunda bala de Ellis le atravesó en línea recta la cabeza.

Mac Arthur pareció volar como si se lo hubiera llevado una terrible ráfaga de viento.

Quedó tendido junto a una de las lápidas, con los brazos en cruz y los ojos espantosamente abiertos, mirando al vacío.

Ellis bajó el revólver y lo guardó lentamente en la funda.

Sentía una honda pena.

No sabía por qué, pero la sentía.

Aquel hombre había ido a morir cerca del cadáver de su hija.

Volvió la espalda y contempló el cementerio, en la espantosa soledad que ahora le rodeaba.

No se dio cuenta de nada más.

No se dio cuenta de que la muerte seguía palpitando a su espalda…

* * *

Estaba ocurriendo algo que Dan Ellis no hubiera imaginado jamás, y que sin embargo, podía costarle la vida. La gran lápida de mármol que cubría la fosa de la hija de Mac Arthur, se estaba alzando. Una mano salía de allí… ¡una mano que surgía de una tumba!

Pero la cosa no tenía nada de melodramática. La mano que estaba brotando de allí no era siniestra. Al contrario, resultaba bonita y todo. Y hasta hubiera podido parecer perfecta de no ser por

el revólver «Colt» 45, que empuñaba, y que, la verdad, afeaba los largos dedos y las bonitas uñas.

Porque era una mano de mujer.

Dan Ellis no veía aquello.

De lo contrario hubiera podido creer... ¡que la hija de Mac Arthur resucitaba!

La tapa se alzaba en absoluto silencio.

No debía ser tan pesada como parecía desde fuera. En realidad, en aquella condenada sepultura, nada era lo que parecía, ni mucho menos.

El revólver apuntó a su espalda.

Unos ojos brillaban de odio.

Unos ojos rasgados, hermosos, perfectos, en una cara también perfecta.

La hermosa cara de... ¡la cara de Mónica!

* * *

Ella apretó los labios. La mueca de odio en su cara se hizo más intensa. Se dispuso a disparar.

Y en aquel momento Dan Ellis, se inclinó.

Quería cerrar los ojos al cadáver de Mac Arthur y depositarle junto a la tumba de su hija. Luego se ocuparía de que lo sepultaran también allí.

A pesar de que Mac Arthur había sido un perro rabioso, le parecía que debía cumplir con él aquel último deber de humanidad.

Y extrañamente fue eso lo que le salvó Ia vida. Ellis no Io imaginó, hasta que la bala le acarició la columna vertebral. Sin darse cuenta había iniciado el movimiento en el instante en que Mónica disparaba.

Mónica apretó el gatillo otra vez, pero para entonces, Ellis ya se había arrojado al suelo, moviéndose con la rapidez' endiablada de un hombre que siempre había vivido junto a la muerte.

Esa segunda bala ya pasó demasiado alta, sin ningún peligro. Pero los ojos de Dan Ellis se dilataron de asombro al ver aquello. No lograba entenderlo. Tuvo la sensación de que no lo entendería jamás.

Mónica movía el revólver hacia él.

Iba a disparar otra vez, ahora sobre seguro.

A Ellis no le quedaba otro remedio que ser el más rápido. O era él más rápido o reventaba allí mismo. Disparó pero no a la cabeza de Mónica, porque no quería- matarla. Disparó simplemente al brazo.

Ella tuvo un calambre mientras soltaba el revólver.

La crispación de todo su cuerpo fue total.

No estaba acostumbrada a las heridas de bala. El dolor la hizo chillar rabiosamente.

La mano izquierda, con la que sostenía en alto la lápida, se encogió. Y la lápida de mármol cayó seca y estruendosamente sobre la cabeza de Mónica.

Sencillamente, las junturas de metal le habían partido casi el cuello.

Mónica estaba muerta.

El joven la retiró suavemente, mientras sus ojos se dilataban de sorpresa. Porque al retirar el cuerpo había visto que en realidad la tumba no era tal tumba. Se trataba de un refugio, de un escondite donde podían ocultarse tres o cuatro personas durante varias horas.

De pronto Dan Ellis se dio cuenta de la terrible y sorprendente verdad.

Mac Arthur había tenido allí una guarida secreta. Hizo enterrar en la fosa a una muchacha a la que posiblemente había envenenado, diciendo a todo el mundo que era su hija. Pero su hija... ¡su hija tenía que ser la propia Mónica!

Unas gotitas de sudor habían aparecido en las sienes de Ellis.

Ahora se daba cuenta de todo.

La depositaría del dinero ganado por Mac Arthur debía ser Mónica, a la que en caso de apuro —en caso de tener que huir—, nadie buscaría porque estaba oficialmente muerta. Por otra parte en la tumba no había cuerpo alguno. Sin duda la pobre muchacha enterrada allí fue sacada al día siguiente y sepultada en cualquier otro sitio ignorado. Luego Mac Arthur y sus hombres —aprovechando que por las noches nadie se acercaba al cementerio de Tulare—, habían acondicionado aquello para tener una guarida secreta. ¿Quién iba a sospechar de una fosa donde todo el mundo había visto que se sepultaba un cuerpo humano?

El joven se pasó una mano por la frente.

No sabía bien por qué, pero aquellos descubrimientos le llenaban de una amarga decepción y hasta de un secreto horror.

Poco a poco volvió la espalda.

Se dirigió a la ciudad, mientras mentalmente redactaba el informe que daría a sus jefes. Pero ahora que todo estaba resuelto le quedaba por cumplir un último deber de humanidad. Tenía que velar el cuerpo de la infortunada Nelly. Tenía que hacerle la última compañía antes de volver junto a Sheila y decirle que la amaba.

Entró en la casa.

No había nadie ¡unto a Nelly que continuaba rígida en el lecho.

Dan Ellis apenas la miró.

En realidad la visión de ¡a chica le daba una pro funda pena.

Nelly había sido una desgraciada, una engañada. Dan no había deseado su muerte, y en el fondo se sentía un poco responsable de su amargo final

Se dispuso a colocar una silla cerca de la cama.

La velaría aunque fuera durante toda la noche. Era lo último que podía hacer por ella.

Estaba de espaldas a la cama,

Y de pronto una mano se posó en su espalda.

Dan Ellis sintió el frío de la muerte.

Unos labios, siempre por detrás, se posaron en su mejilla.

Ellis ya no sintió tanto el frío de la muerte. Más bien podría decirse que empezó a sentir ya el calor de la vida.

Unos brazos rodearon su cintura.

Y Dan Ellis empezó a entusiasmarse.

Dan Ellis se entusiasmó del todo.

Y se volvió.

Se volvió para encontrarse con aquellos, ojos.

Con aquellos labios.

Dan Ellis, pensó:

«¡Qué muerta más estupenda!»

Porque, vamos, con aquella muerta sí que podía quedarse uno toda la noche.

Sin sentir ni pizca de miedo.

Palabra.

Nelly musitó:

—Quizá sea el momento de decirte que siempre me has gustado,

muchacho. La noche en que me conociste sentí no poder dedicarte todo mi tiempo.

--Pe,., pero tú... ¿tú no te habías envenenado?

—¡Calla, hombre! ¿Tú crees que soy tan idiota? ¡Lo que había en el interior de mi medallón era un somnífero que también producía efectos catalépticos, como si estuviera muerta! Pero estoy llena de vida. ¿No notas que estoy llena de vida, muchacho?

Dan susurró:

—Va a ser un velatorio de aúpa...

Y al mismo tiempo pensó que no por eso olvidaría a Sheila. Que la buscaría cuanto antes.

Pero si una «muerta» le pedía que se quedara allí de momento... ¿él qué iba a hacer?

Dan Ellis era un chico muy educado. Los chicos muy educados siempre respetan la voluntad de los muertos.

FIN